

ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA



ANUARIO 34

ABRIL 2025 A MARZO 2026

ANUARIO

34

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española

2025

ANUARIO DE LA ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA
Correspondiente de la Real Española
Volumen 34-2025

Coordinador del Anuario

Hugo César Boero Kavlin

Edición, revisión y curaduría

Hugo César Boero Kavlin

Juan Carlos Salazar del Barrio

Diseño de tapa

Alvaro Velasco Delgadillo

Diagramación

Marco Guerra Medrano

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Academia Española
c/o Universidad de Aquino – Bolivia.
c. Cap. Ravelo. Pasaje Isaac Eduardo, 2643.
Casilla 12175. Teléfono: (591-2) 244-5381
Correo electrónico: aboldelalengua@gmail.com
Página web: www.academiadelalengua-bo.org
La Paz, Bolivia

Depósito Legal N° 4 -1-4340-2026

Impreso en Bolivia/ Printed in Bolivia

Impresión ecológica

© Derechos Reservados

Prohibida la reproducción total o parcial

La Paz – Bolivia 2025

Los autores que publican en este número no están obligados a reflejar ninguna línea de pensamiento que no sea la suya propia; en ocasión de esto, la ABL no compromete ninguna posición oficial al publicarlos, quedando agradecida por las contribuciones.

Índice

	Pág.
Presentación	xv
.....	
Discursos de ingreso	
La herencia del <i>Quijote</i> Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Juan Ignacio Siles del Valle</i>	3
.....	
Lector del <i>Quijote</i> y de sus lectores Respuesta al discurso de ingreso de D. Juan Ignacio Siles a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Tatiana Alvarado Teodorika</i>	17
.....	
Gabriel René-Moreno y la escritura de la historia Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Mauricio Souza Crespo</i>	25
.....	
Respuesta al discurso de ingreso de D. Mauricio Souza Crespo <i>José Roberto Arze</i>	71
.....	
Narrativa boliviana del siglo XXI: Autores que brillan en lo oscuro Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Carlos D. Mesa Gisbert</i>	77
.....	

Respuesta al discurso de ingreso de don Carlos Mesa Gisbert a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Juan Ignacio Siles</i>	95
.....	

Evocación de nuestros académicos

Acróstico para Marcelo Arduz Ruiz. <i>In memoriam</i> (1954-2026) <i>Luis Andrade S.</i>	103
.....	

Marcelo Arduz Ruiz: Nota biográfica <i>Benjamín Chavez</i>	105
.....	

<i>In memoriam</i> : Georgette Canedo de Camacho <i>Julio Ríos Calderón</i>	107
.....	

Georgette Canedo de Camacho, iluminadora de humanas pasiones <i>Fátima Lazarte</i>	111
.....	

Para Georgette Canedo de Camacho, mi gratitud y cariño <i>Vilma Tapia Anaya</i>	115
.....	

El marino hombre mediterráneo. Homenaje a Wálter Navia <i>Mónica Navia</i>	117
---	-----

Contribuciones al número

Ensayos y Estudios

Morfosintaxis, modalidad y uso de la expresión <i>¿puedo aprovechar?</i> <i>Elsa Nadezhda Bravo Cladera</i>	125
.....	

Tratamiento lexicográfico de las locuciones en el *Diccionario del cholo ilustrado* de Alfonso Prudencio Claire (1978)
Saul Rodrigo Osco Aruni 147

Materiales para la historia del castellano en Bolivia:
Testimonio de Teófilo Poma sobre una escuela clandestina anterior a Warisata iniciada en Jaillihuaya en 1927
Hugo C. Boero Kavlin 169

Vargas Llosa y la estética pragmatista en la novela del siglo XX
Óscar Rivera-Rodas 191

El tiempo, su transformación y la nueva normalidad
María Cristina Botelho Mauri 219

Observaciones dispersas sobre la esperanza y el sentido común en la época contemporánea. ¿El área andina como la reserva moral de la humanidad?
H. C. F. Mansilla 227

La *Epístola Amarilis a Belardo* y su presencia en la obra de Lope de Vega
Eduardo Hopkins Rodríguez 243

Los libros de la señora H.
José Luis Vega 275

Literatura

Fiesta de Ernesto Hemingway
Juan Javier del Granado 281

Infinitivos	
<i>Juan Ignacio Siles del Valle</i>	285
.....	

FrutaS electas	
<i>Juan Cristóbal Mac Lean E.</i>	303
.....	

Reseñas y comentarios

Guerriero, Leila. <i>La llamada: un retrato.</i>	
<i>Hugo José Suárez</i>	325

Martínez, Tomás Eloy. <i>Purgatorio</i>	
<i>Juan Marcelo Columba Fernández</i>	329
.....	

Suárez, Hugo José; <i>Tupiza. Un viaje hacia los recuerdos</i>	
<i>Juan Carlos Salazar del Barrio</i>	335
.....	

Breto, José Carlos Rodrigo. <i>Mircea Cărtărescu: El hacedor de insomnios</i>	
<i>María Cristina Botelho Mauri</i>	341
.....	

Actividades de los académicos de número

Actividades académicas de los miembros de la ABL en la gestión 2025 De marzo de 2025 a marzo de 2026	351
.....	

Memoria institucional

Relación de las actividades de la Academia Boliviana de la Lengua de marzo de 2025 a marzo de 2026	367
.....	

La aventura del libro boliviano Discurso preparado para la sesión pública de 23 de abril de 2025, conmemorativa del Día del idioma y del libro <i>Juan Carlos Salazar del Barrio</i>	373
.....	
Homenaje a Raúl Salmón en su «casi» centenario natal Discurso preparado para el acto de homenaje al periodista, radialista y dramaturgo Raúl Salmón de la Barra <i>Tatiana Alvarado Teodorika</i>	387
.....	
Raúl Salmón, periodista Discurso preparado para el acto de homenaje al periodista, radialista y dramaturgo Raúl Salmón de la Barra <i>Juan Carlos Salazar del Barrio</i>	393
.....	
Sobre <i>La Computadora Parlante</i> de Raúl Salmón <i>Omar Rocha Velasco</i>	401
.....	
El reconocimiento de los diversos mestizajes Documento preparado para el <i>X Congreso Internacional de la Lengua Española, Arequipa 2025</i> <i>Carlos Toranzo Roca</i>	405
.....	

Gabriel René-Moreno y la escritura de la historia

Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua

| Mauricio Souza Crespo¹

En la historia caminamos entre las ruinas de lo egregio.

G. W. F. Hegel

Tratar de ver claro en las ruinas a fin de adoptar un partido que no sería tal vez sin consecuencias en mi ulterior destino.

Gabriel René-Moreno

Seis principios

Primero: El incendio de una biblioteca (1881)

El 8 de enero de 1882, Gabriel René-Moreno² recibe por la carta de un amigo noticias del incendio de su biblioteca. Las recibe en Buenos Aires, donde se había

-
- 1 Mauricio Souza Crespo es, por ahora, catedrático de la Carrera de Literatura de la Universidad Mayor de San Andrés. Fue por una década director editorial de Plural editores. Ha publicado los libros *Lugares comunes del modernismo* (2003) y *Después de Sanjinés: Una década de cine boliviano, 2009-2018* (2019; segunda edición, 2022). Sus ensayos han aparecido en revistas especializadas de varios países. Fue editor general de la colección 15 Novelas Fundamentales del Ministerio de Culturas del Estado Plurinacional de Bolivia (2012) y de la *Revista Boliviana de Investigación / Bolivian Research Review* (2017-2018). Es el responsable de las ediciones y estudios introductorios de: *Obra poética y narrativa* de Ricardo Jaimes Freyre (2005), *Obra completa* de René Zavaleta Mercado (3 tomos, 4 volúmenes: 2011-2015), *Ensayos escogidos* de Luis H. Antezana (2011), *La lengua de Adán* de Emeterio Villamil de Rada (2016), *Antología de la crítica y el ensayo literarios en Bolivia* (2022), *Paquito de las Salves* de Marceliano Montero en versión de Jorge Suárez (2022) y, junto a Alfredo Ballerstadt, la *Obra completa* de Gabriel René-Moreno en siete tomos (2025).
 - 2 Tempranamente –desde 1868, según Gunnar Mendoza (1951: 556, n. 6)–, René Moreno adopta para su nombre esta forma, con un guion entre René y Moreno: René-Moreno.

refugiado al salir de Chile –convertido intempestivamente por la guerra del Pacífico en un indeseable ‘intelectual boliviano’– y de haber escapado de Bolivia –acusado, falsamente, de ser un agente chileno.³ La respuesta de R-M⁴ a la desgracia de sus papeles –en carta del 8 de febrero– es clara: «La verdad neta que usted comprenderá –le escribe al amigo– es la siguiente: *aquello era el único jirón de la patria, la sola familia, el último refugio*».⁵ Las perseverancias históricas de R-M, las *insistencias* de su escritura, acaso tengan en este episodio un principio vocacional, trance en el que por fin se definen o adquieren sentido las labores librescas que lo han ocupado y las que lo ocuparán. En la misma carta, R-M intuye que la destrucción de su biblioteca –una calamidad más entre las que, durante los años de la guerra, lo han perseguido– lo obliga al reconocimiento de su situación y de la necesidad de hallar la forma apropiada, o definitiva, de su destino. La desaparición o el daño del *único jirón* restante de una patria que ya no lo quiere no es un hecho que pueda ignorar y demanda la toma de decisiones. Y esas decisiones son las que R-M ensaya o presiente en su carta: no sabe si perseverará en su oficio y, si persevera, adónde irá para hacerlo. De lo que se trata es de «tratar de ver claro en las ruinas a fin de adoptar un partido que no sería tal vez sin consecuencias en mi ulterior destino», concluye, como hablando consigo mismo.

R-M perseguirá una obra que quiere ser, en buena medida, la fidelidad a esas (y otras) ruinas. Porque quizá en eso consista el oficio del historiador: «Tratar de ver en las ruinas» del presente. Cuatro años después, en 1886, al justificar uno de sus libros mayores, lo propone, modestamente, como uno de esos actos de restitución a los que ha decidido dedicar su vida: *Matanzas de Yáñez* es, dice, la lectura de los papeles que «mis amigos rescataron de las llamas, junto con no poca parte de mi biblioteca».⁶

3 Acusaciones que reencuentra en Buenos Aires por los rumores que difunde, dice, el intelectual Santiago Vaca Guzmán. Véase Carta de R-M a su hermano Aristides del 22 de octubre de 1882 (R-M, 1996: 351).

4 Abreviamos así, R-M, el nombre de Gabriel René-Moreno.

5 Carta de R-M a Daniel Vives del 8 de febrero de 1882 (R-M, 1986: 115-116). El énfasis es mío.

6 Sobre alarmas iniciales de R-M sobre su biblioteca, otro de sus amigos, Luis Montt, lo consuela: «Después de lo que he visto ya no tengo por figura de retórica que una hoja de papel vive más que los mármoles y bronces». [...] «A lo hecho pecho, amigo mío; lo perdido es bien poco y Ud. puede reponerlo, para lo cual tiene Ud. amigos en su país y aquí» (Carta de Luis Montt a

Segundo: *Matanzas de Yáñez* (1886) o hacia una escatología de la escritura

Matanzas de Yáñez (1886) es la crónica minuciosa de una masacre y su castigo:

El 23 de octubre de 1861, el comandante general de armas de La Paz, coronel Plácido Yáñez, en alta noche mandó asesinar con la fuerza pública a un medio centenar de ciudadanos, que arbitrariamente había hecho encarcelar días antes a título de belcistas conspiradores. Un mes cabal después de este suceso, el populacho de La Paz, cansado de ver impune y siempre revestido de autoridad al perpetrador de esta carnicería, tomó por asalto el palacio donde estaba encastillado con su gente, y ajustició al criminal con dos de sus cómplices. Se retiraron las turbas en seguida a sus casas (R-M, 1886: 2).

En 500 páginas, estos hechos serán reconstruidos, anuncia R-M en su prólogo, desde la lectura de humildes gacetas, publicaciones de repentina aparición y desaparición que él ha ido coleccionando a lo largo de su vida y que se salvaron del incendio de su biblioteca. Pero incluso antes, R-M recuerda, sin querer nombrarlo, al padre ausente (muerto en 1866), ese que pensaba que tales materiales –los de las gacetas y otras formas fugaces de la prensa política– eran, por sus mentiras y banderío, objetos deleznable, desechos, mierda. (R-M cuenta que el padre celebraba las ocurrencias de un pariente que, bromista pesado, envolvía en esos papeles sus excrementos y los lanzaba por encima del muro al patio de unas hermanas ermitañas del Santo Sacramento). R-M no comparte los prejuicios del padre; es más, cree lo contrario, según un sucinto principio metodológico: «si para los contemporáneos mienten y yerran las gacetas, dicen verdad (hasta la verdad misma de su errar y de su mentir) para ante la historia». Se comienza a diseñar así –en este prólogo de *Matanzas de Yáñez*– una poética escatológica de la escritura de la historia.

Es probable que esos papeles librados del fuego o del desdén, y que hoy nadie quiere, sean –como tanto folleto, pasquín, libelo u hoja suelta– solo mierda. Pero sin dejar de serlo (y puesto que hay una verdad en el hecho mismo de su mentir),

R-M del 31 de enero de 1882 [R-M, 1996: 343-344]). R-M prefiere, sin embargo, volver una y otra vez a la escena del trauma: Diez meses después del incendio, en carta a su hermano Aristides del 22 de octubre de 1882, continúa refiriéndose a «la ruina espantosa de mis libros» (R-M, 1996: 349).

son residuos que conducen, por su lectura, a la resurrección de otros descartados por la historia, esos que –como el padre ausente– perduran sin embargo en el «sepulcro siempre abierto en el corazón» (1886: vii), presencias fantasmales de una historia que no ha terminado, que no ha concluido. Aquí, la definición de las responsabilidades éticas del historiador convoca el doble sentido de lo *escatológico*: escribir historias es hacer justicia a los muertos, pero también es un oficio consagrado a cuidar los oscuros materiales que el presente trata como basura: documentos, archivos, libros, panfletos, testimonios.

Se dice que los griegos, en su clasificación de los espectros, distinguían cuatro especies; al menos dos de esas cuatro son las que R-M tiene en mente al pensar en aquellos a los que se deben los afanes del historiador: los no enterrados (*ataphoi*) y los que murieron una muerte violenta (*biothanatoi*).

Tercero: *Nicomedes Antelo* (1885) o la voz de los otros

La recuperación de las voces de los que no están –y que reencontramos leyendo gacetas, pasquines, cartas, testimonios legales– es, además de un acto de justicia (pues «tienen derecho a ser escuchados»), un acto crítico. Entregados al concierto de esas voces contradictorias, se busca conjeturar en ellas una imagen que se acerque a la verdad de la vida: múltiple, cambiante, irresuelta. R-M ensaya este procedimiento, por ejemplo, en su melancólica biografía, de 1885, del naturalista cruceño Nicomedes Antelo, en la que retrata a un personaje a través de sus palabras, de su forma de hablar, de sus repeticiones, de sus ideas y obsesiones. Considerado el manifiesto mayor de los prejuicios racistas de R-M, rara vez se nos advierte que la historia que cuenta esta biografía es la de una decepción: el legendario personaje de la infancia –el espectral Antelo que en la memoria de R-M sacaba lagartijas del bolsillo y entrenaba cucarachas– es enfrentado, contrapuesto, a un triste maestro de primaria en Buenos Aires, que es lo que queda de este hombre que ha fracasado. «Antelo había vivido 30 años en lo más caro y ameno de mis recuerdos infantiles. Puedo decir que su imagen reinaba en mi memoria con todos los prestigios de una fantasmagoría» (R-M, 1885: 315), escribe al prepararnos para la brutal epifanía de una decepción, que es esta: «Por eso la dureza de la realidad me quebró despiadadamente los ojos» (R-M, 1885: 316).

Como si lo que dice y piensa Madame Bovary fuera lo que decía y pensaba Flaubert, la posteridad ha decidido atribuir sin más a R-M las opiniones de Antelo. Pero Antelo es simplemente uno de sus personajes, uno de muchos.

Cuarto: *Fúnebres* (1873) o cómo podríamos leer

En su invención o descubrimiento de un género literario —el de los impresos que llama primero *sepulcrales* y que concluye bautizando con el nombre de *fúnebres*—, R-M funda la crítica literaria en Bolivia. Al menos en este sentido: traza en este ensayo de 1873 una poética de la lectura. O sea, no solo recomienda lo que se podría leer y con qué propósitos (en este caso, publicaciones que son el eco o la preservación de una tradición oral, misceláneas o guirnaldas verbales en homenaje a un difunto), sino, sobre todo, cómo podríamos hacerlo. En otras palabras, los que describe en este ensayo son los procedimientos materiales de la lectura, esos actos de alguien sentado en una silla y frente a una mesa, en la que se amontonan papeles que hay que ordenar y a los que hay que responder. Leer no es por eso, para R-M, solo un acto de desciframiento: es también el ejercicio gozoso de una serie de trabajos: rastrear y encontrar los textos, rescatarlos, incorporarlos a una biblioteca (clasificarlos, empastarlos), anotarlos, leerlos línea por línea, especular sobre su parentesco con otros. La escritura histórica reconstruye este proceso; su resultado no es otro, si se logra que así sea, que la utópica restitución o resurrección de «jirones del aliento social» que nos llegan «animosos como ráfagas calientes», como «pulsaciones de la vida que pasó» (R-M, 1886: vii).

Quinto: *Herencia e historia* (1901)

¿Pero para qué dedicar una vida a componer historias que nadie lee? En su penúltimo prólogo, R-M descarta, medio socarronamente, las respuestas clásicas a esta pregunta: «el amor a las letras» o «el patriotismo» son, dice, razones demasiado generales para justificar la «empresa oscura» de escribir un libro de historia boliviana. ¿Por qué, entonces? Menciona, para negarlos, otros dos impulsos: a) para orgullo de la localidad; b) para orgullo del linaje, que no se quiere concluido u olvidado. R-M aclara que, con *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, esos motivos eran inaplicables: él ni siquiera era altoperuano y sus antepasados habían sido realistas.

Concluye con algunos aspavientos farsescos: por ahí gasta sus días en historias que nadie lee, dice, porque ese es el destino que le dictan los desvaríos de su linaje. Y hace lo que hace porque es así como se manifiesta en él la locura de la familia. Como el tío que se perdió adrede en el Magdalena, como el que se recluyó sin dar razones en el Urubó, como el abuelo que dedicó su vida a una campana, R-M confirma, al malgastar su tiempo en inútiles libros de historia, los «mentales achaques de familia», las fuerzas de la herencia, atavismos que por lo menos excusan en algo, declara ya chacotero, su responsabilidad y sus defectos como historiador.

Sexto: La imagen de un arzobispo (1872 y 1901)

O es incluso posible imaginar que el historiador comenzara a escribir de los últimos días coloniales en el Alto Perú por los encantamientos de una imagen. En 1872, el joven R-M envía esta solicitud a don Pedro de Puch, arzobispo de La Plata:

Ordenando ciertos documentos históricos de nuestra Independencia, me he encontrado con algo muy curioso sobre uno de los predecesores de Su Ilustrísima, el arzobispo señor Moxó. Esto ha despertado en mí el deseo de escribir un relato de los sucesos que se rozan con este personaje, el más ilustrado de nuestros metropolitanos de la Colonia, así como el señor de San Alberto lo fue el más piadoso. Y como no me será dable emprender esta tarea sin haber allegado antes todos los documentos del caso, me dirijo a Su Ilustrísima... (Carta de R-M a P. de Puch, Santiago, 3 de mayo, 1872 [cit. por Condarco, 1971: 183]).

Cuatro años después, concluye la redacción de la primera parte de *Últimos días coloniales*, «Arzobispo nuevo», en la que, en efecto, entrelaza y comenta los «sucesos que se rozan con ese personaje». O, más bien y en principio, los sucesos que se rozan con su *imagen*, pues, para R-M, la de Moxó es una imagen *legible*, que solicita *ser leída*. El retrato de Moxó hace su aparición de cuerpo entero en el capítulo III de la Primera parte de *Últimos días coloniales*:

Visitando la sala capitular de la Catedral de Chuquisaca y pasada la impresión que causa la majestuosa galería de obispos y arzobispos que cubren los muros, a dos pasos sobre la derecha de la puerta, al lado de la fisonomía dulce y benévola del arzobispo San Alberto, llama hoy la atención un prelado joven, que lanza sobre el espectador una mirada penetrante e impenetrable desde un rostro casi

femenino por la blancura imberbe de su tez, la suavidad de sus perfiles, la gracia de sus labios breves y rojos, el abultamiento terso de sus carrillos y la negra cabellera echada en bucles tras de la oreja; pero que denota con vigor el sexo viril en la conformación de las sienes, en la nariz toscamente abultada hacia su extremidad, en la frente discreta y cuadrada, en la grave impassibilidad del ceño, en la cabeza dominante y en su postura señorial.

Tal la imagen *legible* de Moxó, que se transfigura y cambia de sentido en el acto mismo de leerla: a primera vista nos lanza «una mirada penetrante e impenetrable desde un rostro casi femenino», pero también, poco después, el «vigor del sexo viril en la conformación de las sienes, en la nariz toscamente abultada hacia su extremidad». Estos sentidos contradictorios son los que luego Moxó va adquiriendo y acumulando, pasaje a pasaje, en el resto de *Últimos días coloniales*, donde es el escurridizo y multiforme personaje central. El arzobispo Moxó es femenino y viril, y por añadidura, será insomne lector que se prueba incapaz de leer la tela de la sociedad colonial; o entusiasta defensor de un dominio —el de la Corona española— que, con sus acciones, contribuye a aniquilar; o gran alfil que es peón de las artimañas de la historia; o agudo observador que no sabe que la historia lo ha escogido para encarnar el fin de algo; o individuo irreductible y peculiar que es instrumento de una mudanza ya colectiva; o ejemplar emblemático de una clase, aunque pocos o ninguno de su clase hayan sido como él. Se incorpora, en suma, a ese grupo de esquivos o escurridizos personajes de la literatura boliviana —Magdalena Téllez, Juan de la Rosa, Enrique Rojas, El Viejo, Felipe Delgado, Luis Padilla Sibauti— que, como él, son unos pero otros.

R-M añade aquí una voluta, la primera de las muchas que se aglomerarán —para nuestro beneficio e instrucción— en su crónica: no hay que perder de vista que nuestras apreciaciones son además, como con el retrato de Moxó, los buenos efectos de la impericia y del error: «La tela —añade en una nota al pie— es de lo peor que hay como pintura en la galería. Contiene un error garrafal de dibujo en el brazo derecho». Y tal vez eso también sea la escritura de la historia: no solo la glosa o comentario de otras representaciones —los actos por los que leemos una imagen, o interpretamos testimonios, o entrelazamos documentos— sino que, al mismo tiempo, el señalamiento de las distorsiones, de los extravíos, de las sintomáticas marcas ficcionales («un error garrafal de dibujo») de esas representaciones, de esas ruinas y sus frágiles gestos referenciales.

Apuntes sobre vida y obra

Canto per me sola

A contramano de no pocos contemporáneos más célebres –y de algunas provincianas costumbres de la clase letrada boliviana–, R-M pensaba poco del valor y alcance de su obra. Él, que fue el mayor escritor boliviano del siglo XIX, nunca dejó de calificar sus oficios histórico-críticos como los esfuerzos algo inútiles de un «papelista», de un absurdo coleccionista de impresos que nadie quería y nadie guardaba. Más que un historiador, dice feliz, él es solo «uno de los peones más formidables del trabajo desinteresado e improductivo».⁷ Y los productos derivados de tales inclinaciones –insiste– son los entretenimientos de su soledad: como la gitana Carmen de Bizet, «*Io canto per me sola*». Síntoma o expresión de esta humildad estratégica y teatral es la discrepancia entre sus obras y los títulos que escoge para ellas: *anales*, *notas*, *más notas*, *biblioteca*. Porque si fueran lo que dicen ser –*anales*, *notas*, etc.–, lo serían de maneras originales, casi subrepticias. La no-lectura de la obra de R-M encuentra en esta proliferación de nombres una razón para hablar de su poligrafismo (R-M sería un intelectual de «múltiples talentos»): en los hechos, como ilustra el procedimiento descrito en el prólogo de *Matanzas de Yáñez* (1886) y, antes, en el ensayo «Fúnebres» (1873), rescatar, ordenar, leer, anotar y redactar no son tareas diferenciadas sino momentos del mismo aliento. No hay, por ello, cuatro o cinco René-Morenos y más bien uno solo: el que escribe para cuidar y leer, críticamente, lo que otros hicieron.

A ratos, es inevitable la sospecha de que R-M sigue hoy, incluso entre sus admiradores, cantando a solas. ¿Cómo entender si no que algunos de sus mayores devotos, por otra parte diligentes, imaginen que las pasiones de R-M –esos papeles, esas lecturas– hayan sido las consecuencias «exacerbadas de su soltería» (Vázquez Machicado, 1986: 7)? ¿O la repetida noción de que este escritor, autor de por lo menos dos obras maestras –*Matanzas de Yáñez* y *Últimos días coloniales* –, fuera dominado por «la esterilidad» (pues no tuvo hijos) y la «saña del celibato» (pues no se casó)?⁸ O acaso esto sea previsible en un país en el que la cultura

7 Carta a Aristides Moreno del 22 de octubre de 1882 (R-M, 1996: 350).

8 R-M ironiza sobre el vínculo que sus amigos establecen entre su vocación y su soltería: «Algunas personas amigas han dado en la flor de preguntar al autor de este catálogo ¿por qué no se

letrada es de propensión oral: como con otros escritores bolivianos, una caravana de *biografemas*, discretos retazos e imágenes de una vida, flotan y circulan para impedir o reemplazar o hacer borrosa la lectura.

La conjura de los biografemas

Algunos detalles, algunos gustos, algunas inflexiones: tales los *biografemas* que Roland Barthes imaginó que podrían, si tenía suerte, reemplazar su biografía: pedazos que, *a la manera de átomos epicúreos y más allá de todo destino*, fueran a tocar algún cuerpo (textual) futuro, *prometido a la misma dispersión*. Tal la vaga pulsión utópica.⁹ Aquí hablamos, en cambio, de las maneras en que el destino —es decir, la historia, la ideología, los pequeños y grandes relatos— suele negar ese deseo barthesiano. En concreto, los *biografemas* en tanto *trivia* (*algunos detalles, algunos gustos, algunas inflexiones*) que impide, entorpece, desvía, reemplaza la lectura. Si se tuviera que componer una «vida de René-Moreno» usando esos retazos de biografía o sus lugares comunes, la primera tarea sería hacer su enumeración. Por ejemplo:

—Que era cruceño y blanco.

—Que era racista.

—Que era bizco.

—Que eligió el exilio voluntario en Chile.

casa?». Su respuesta: «La respuesta sincera equivaldría a una de esas revelaciones íntimas del alma que comúnmente se acostumbra a hacer en verso, pero que yo no estoy dispuesto a hacer ni en verso ni en prosa» (R-M, 1879: v).

9 «Si j'étais écrivain, et mort, comme j'aimerais que ma vie se réduisît, par les soins d'un biographe amical et désinvolte, à quelques détails, à quelques goûts, à quelques inflexions, disons: des "biographèmes", dont la distinction et la mobilité pourraient voyager hors de tout destin et venir toucher, à la façon des atomes épicuriens, quelque corps futur, promis à la même dispersion [...]» (Barthes, 1971: 14). «Si fuera escritor, y muerto, cómo me gustaría que mi vida se redujese, gracias a un biógrafo amistoso y sin prejuicios, a unos detalles, a unos gustos, a algunas inflexiones: podríamos decir "biografemas", cuya distinción y movilidad podrían viajar libres de cualquier destino y llegar, como los átomos epicúreos, a cualquier cuerpo futuro, condenado a la misma dispersión [...]» (Barthes, 1997: 15; traducción de Alicia Martorell).

—Que nunca olvidó Santa Cruz.

—Que dejó de escribir sobre Bolivia en reacción a las falsas acusaciones que lo persiguieron durante la Guerra del Pacífico («agente chileno», «traidor», etc.).

—Que por supuesto no fue un profeta en su tierra.

—Que su «valentía» (*i.e.*: su «racismo») es la misma que la de Alcides Arguedas, otro valiente de la misma persuasión.¹⁰

—Que porque no se casó ni tuvo éxito con las mujeres («pues era bizco»), consagró su vida a los documentos y a los libros. Su vida amorosa, a diferencia de su vida intelectual, fue «una página en blanco».¹¹

10 Sobre el «racismo» de R-M, enumeremos sus lugares célebres: los apuntes en *Biblioteca Boliviana* (1879) sobre «La ortología de los idiomas quichua y aymara» de Carlos Felipe Beltrán, en los que augura la desaparición de esas lenguas y «la fusión de su raza con la española» (166-167); *Nicomedes Antelo* (1885), que pone en boca de Antelo («Antelo encontraba», «Antelo decía», «según Antelo») ideas que luego una larga lista de críticos achaca, sin más, a R-M (véase, por ejemplo, Zavaleta Mercado, 2013: 296-297); su *Archivo de Mojos y Chiquitos*, donde habla, con cierta nostalgia, de la «blanda jovialidad del indio» del oriente boliviano, arruinada por interacciones con españoles y sus descendientes que «acabaron al fin por magullarle el cuerpo y enturbiarle el alma» (1888: 118); o *Ayacucho en Buenos Aires*, en el que dice del indio que es «capa ínfima de la sociabilidad, inerme y frío en su indiferencia», idea que contrasta con su entusiasta celebración política de las *choladas* («así urbanas como campesinas»), «animadas de aquel patriotismo suyo que diré radical» (1907: 562-563). El repetido uso parcial de estos y otros pasajes de la obra de R-M, tanto por sus discípulos como por sus detractores, merecen un análisis y una historia propia.

11 La frase es de Condarco (1971: 51), uno de los biógrafos de R-M que postula esa curiosa oposición excluyente, en la vida del escritor, entre amores y libros: «La vida sentimental de R-M se nos aparece, pues, como una vasta casa de habitaciones cerradas, de puertas y ventanas celosamente guarnecidas por gruesos cortinados, y cuyos pocos estrados y pasillos abiertos y expeditos nos llevan por todas partes a un solo lugar: la biblioteca» (1971: 50). Otros, para aplacar la ansiedad desencadenada por los rigores de esa página en blanco y su impronta críptica, optan por inventarse romances. Guillermo Ovando Sanz cuenta, sin citar fuentes, el siguiente: «En una fiesta infantil, R-M, a sus 9 años, conoció a Natalia y se enamoró de ella, pero no pudo verla nunca más» (1996: 17). Desaparición de Natalia que, si seguimos la lógica de estos biógrafos, deberíamos celebrar: infeliz en amores, R-M pudo dedicarse a los libros. «A cada golpe del infortunio, sea en el amor o en el patriotismo, refugiábase aún más en ellos», concluye Vázquez Machicado (1988: 43).

—Que escribía como hablaba y hablaba como se habla en Santa Cruz. Su estilo, se dice, era castizo.¹²

—Que era conservador y juzgaba con nostalgia los esplendores del período colonial.

Más allá de sus puntuales cargas de verdad, el problema con estos lugares comunes es que se les otorga —a veces sin comprobaciones mínimas— un poder de explicación de la obra de R-M que no tienen. Son, por otra parte, fragmentos de biografía susceptibles de relativización incluso en términos factuales. Por ejemplo, sabemos que R-M:

—Se fue de Santa Cruz cuando tenía 13 años y nunca volvió (y, por lo que se deduce de su correspondencia, tampoco intentó volver).

—Que sus simpatías políticas lo inclinaron —al igual que al padre¹³ por ‘el partido de los cholos’: el de los presidentes Isidoro Belzu y Jorge Córdova.¹⁴

12 Ya Emilio Finot, en 1910, aseguraba (¿a partir de una evocación oral?) que R-M era «el más castizo hablista» (véase Arze, 1996: 21). Son pocos los morenistas que luego no usan el mismo adjetivo al caracterizar su estilo, aunque nunca expliquen en qué consiste y cómo se manifiesta. «Empleó un estilo castizo y cautivante aunque no siempre fluido», dice Roca (1986: ix). Quizá en este y otros comentarios, «castizo» se refiera a un ideal lingüístico problemático: la posibilidad de un lenguaje «puro y sin mezcla» (véase el Diccionario de la RAE). O, en un desplazamiento, tal vez la que esté en juego sea la primera acepción de la palabra: «De buen origen y casta», o sea, lo que se quiere decir con lo de «castizo» es que R-M redactaba como blanco español, «puro y sin mezcla».

13 Su padre, Gabriel José Moreno (1802-1866), fue belcista. Durante los Gobiernos de Belzu y su sucesor, Jorge Córdova, fue magistrado de la Corte Suprema (1851-1853), prefecto de Santa Cruz, Potosí y Litoral (1854-1857) y, al final de su vida, uno de los perseguidos por el Gobierno de José María Linares (véase Barnadas, 2002, II: 292-293). R-M reconstruyó en 1886 las «matanzas de Yáñez», en las que, entre otros, fue asesinado, en 1861, el expresidente Córdova. De padre partidario del bando de los cholos, R-M acaso herede de él cierta idea de la política: el padre, por ejemplo, no condenaba *a priori* las turbulencias sociales (y sí las violencias del Estado) y las prefería si la opción del orden, *à-la*-Linares, escondía o disimulaba la tiranía. En una carta del padre del 12 de octubre de 1859, leemos: «En política vimos que se cree orden y bienestar cuando calla la saludable inquietud de la vida de un pueblo». Y añade este ejemplo de un engañoso reino del orden y bienestar: Chile, «próspero y feliz en sus instituciones porque solo se le dejaba hablar de carbón de piedra, chamarrillo y maderas, pero si se pedían reformas, ahí herraba la mano de fierro de su intendente o del jefe de la Policía» (R-M, 1986: 9).

14 Y sin embargo, algunos de sus mejores amigos fueron conservadores —Aniceto Arce, Mariano Baptista Caserta—. Urioste cree que, por eso, políticamente R-M es «difícil de situar» (2010: 142).

—Que, de hecho, identificó, en su crónica *Matanzas de Yáñez*, la mano de la justicia y la posibilidad de una política no tiránica con las acciones de la plebe chola enfrentada a la verdadera barbarie: las violencias del Estado y de los hombres de Estado.¹⁵

—Que escribió en 1877 una de las mayores condenas históricas de la mita colonial, institución que debemos incluir, decía, entre «las más opresivas y tiránicas que hayan afligido jamás a una porción del linaje humano»; y que ese mismo año publicó una denuncia del «despotismo impune» de la Audiencia de Charcas y sus 250 años de «tiranía sangrienta» (son, todos estos, *sus* adjetivos).¹⁶

—Que, aunque le dedicó sustanciales ensayos, Santa Cruz no fue el centro de sus preocupaciones históricas. Y que, en Santa Cruz, hasta la publicación de esta *Obra completa*, se habían hecho tres publicaciones de su obra: *Nicomedes Antelo* (1960), *Miranda según nuevos documentos* (1986) y una antología conmemorativa con algunos sus ensayos (2008).¹⁷

—Que muchas de las pruebas de su «racismo» —según un repetido repertorio de citas incriminatorias— son frases que R-M pone en boca de Nicomedes Antelo, triste maestro de primaria en Buenos Aires que él había admirado en su infancia cruceña.

—Que escribió la mayor parte de sus obras importantes sobre Bolivia después de 1882: si alguna fue su respuesta a las injusticias que se cometieron en su contra durante la Guerra del Pacífico fue la de escribir más sobre Bolivia.

15 Interpretación que desmiente la de sus amigos conservadores, como Mariano Baptista Caserta, que repetían la versión estatal de los hechos: la responsabilidad de las matanzas de Yáñez fue de «los presos políticos que promovieron una insurrección» (carta de Mariano Baptista Caserta a R-M del 16 de noviembre de 1861 [R-M, 1986: 13]).

16 Véase «La mita de Potosí en 1795» (R-M, 1877b) y «La Audiencia de Charcas, 1559-1809» (R-M, 1877a).

17 La edición de 1960 de *Nicomedes Antelo* incluye sabrosos paratextos (prólogo, prefacio y notas) de tres prominentes intelectuales cruceños: Raúl Otero Reiche, Hernando Sanabria Fernández y Leonor Ribera Arteaga. La edición municipal conmemorativa de 2008 (año del centenario de su muerte) es *Páginas escogidas de Gabriel René Moreno*, preparadas y prologadas por Mariano Baptista Gumucio.

—Que la frase «estilo castizo» no significa mucho y es, a veces, un guiño entre racistas: se nos quiere indicar que, como su lenguaje, R-M era «puro y sin mezcla». ¹⁸

René-Moreno en cifras

Nació en Santa Cruz el 7 de noviembre de 1836, hijo de Sinforosa del Rivero y Gabriel José Moreno. En septiembre u octubre de 1850 (dice uno de sus biógrafos), cuando tenía 13 años, se trasladó a Sucre para continuar sus estudios secundarios en el Colegio Junín. En Sucre, conoció a Juana Azurduy de Padilla, a la que, dice, «acosábamos a preguntas». A los 19 años, a fines de 1855, viajó a Santiago, Chile, para seguir sus estudios. Salvo el periodo de asilos desencadenados por la Guerra del Pacífico (entre fines de 1879 y principios de 1883), vivió el resto de su vida en Santiago: 50 años. Todavía en 1859 su padre tenía la seguridad de que el hijo regresaría a la patria, concluido un aprendizaje en Chile que solo le había servido, especula, «para convencerlos de que no todo lo que relumbra es oro» (R-M, 1986: 9). Pero R-M se queda en Santiago. Regresa a Sucre —donde de cuando en cuando residía su madre— en 1871, 1874 y 1879: durante los dos primeros regresos explora archivos y rescata documentos; el tercero y último lo malgasta defendiéndose de los que lo acusaban de traición a la patria. Se asila en Buenos Aires entre 1881 y 1882, atareado, como siempre, con bibliotecas y transcripciones. Estaba en Buenos Aires cuando recibe la noticia del incendio de su biblioteca personal, acaecido el 28 de diciembre de 1881. Y desde Buenos Aires, con el apoyo de Aniceto Arce, parte hacia Europa en un viaje intercontinental. (Quién sabe si el largo catarro final de Marx haya impedido que R-M lo conociera en la sala de lectura del Museo Británico, a la que por 30 años Marx fue casi todos los días y en la que R-M consultó documentos). A finales de 1882 le escribe a su hermano Arístides: «No sin esfuerzo me alejo de Buenos Aires. Es tierra hospitalaria: ha sido para mí un lecho de rosas» (R-M, 1996: 349). Publicó 20 libros y, en revistas, más de 60 ensayos, la mayor parte trabajados en los ratos libres que le dejaban sus obligaciones en el Instituto Nacional, en Santiago, donde fue bibliotecario y profesor. Nunca se casó y tampoco tuvo hijos. Murió en Valparaíso el 28 de abril de 1908, a los 71 años.

18 Tristán Marof, furibundo antimorenista, es el que mejor resume esta extraña conexión entre un 'lenguaje castizo' y la 'pureza racial': «Gabriel René Moreno se distingue como escritor castizo, purista y estilista al decir de todos los bolivianos que, por lo general, y por mezcla de razas autóctonas, no manejan el lenguaje con pulcritud» (1961: 82).

René-Moreno, el difícil

¿Por qué no leemos a R-M? He aquí una lista provisional de posibles respuestas:

—Porque su escritura es difícil.

—Porque se ocupa de asuntos que tal vez ya no nos interesan.

—Porque leerlo supone niveles de atención que requieren demasiados esfuerzos.

—Porque leerlo exige inversiones de tiempo que no estamos dispuestos a hacer.

—Porque, de todos modos, no leemos mucho del siglo XIX.

—Porque sus explicaciones son indirectas, sinuosas y complejas.

—Porque la utilización ideológica de su obra es infructuosa y, en todo caso, nos obligaría a su tergiversación.

La edición de sus obras

El morenismo en Bolivia ha demostrado un tímido o inconstante interés en la edición de sus obras. De varios de sus libros y ensayos las únicas ediciones existentes hasta hoy son las reducidas impresiones chilenas (por lo general, de poco más de 100 ejemplares), que a veces R-M pagaba de su bolsillo y distribuía personalmente. No pocas de las reediciones sí existentes en Bolivia presentan omisiones y mutilaciones. De su obra más famosa, *Últimos días coloniales*, no existía en Bolivia hasta la reciente edición de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, una versión completa: las únicas eran la primera, personal y chilena, de 1896-1901, y la de 2003 de la Biblioteca Ayacucho de Venezuela, preparada por Josep Barnadas y Luis H. Antezana.

No sería impreciso contar el destino de la obra de R-M como el de un lento e intrincado naufragio editorial: pedazos sueltos, fragmentos perdidos, retazos dispersos, reparaciones parciales.

Los lectores de René-Moreno

Morenistas, morenianos, antimorenistas

Aunque R-M no se equivocara al sospechar que sus lectores contemporáneos no eran muchos —hecho que comprobó al recuperar, para recomponerlos, gran parte de los ejemplares de la primera edición de *Últimos días coloniales*, a cinco años de su publicación—, su fortuna posterior entre los lectores es más feliz que la de la mayoría de los autores clásicos bolivianos.¹⁹ (Y así no sea un consuelo, hay que recordar esto ya sabido: que la demora entre la escritura de un libro y su recepción no es infrecuente en la historia literaria).

Una revisión de esa literatura secundaria reconocerá en ella la presencia consuetudinaria del mismo gesto: la impaciencia con que R-M es convertido por sus lectores en figura del orgullo (su «grandeza» largamente adjetivada) o del escarnio (se lo propugna un emblema señorial y, por eso, merecedor de otra familia de adjetivos). El modo dominante en estos acercamientos a R-M es el biográfico, que rara vez conduce a la lectura de la obra: esta es más bien interpretada como síntoma de alguna virtud, experiencia, herencia o defecto ideológico. Incluso Barnadas, uno de sus mejores lectores, no resiste esta tentación, como cuando imputa, sin pruebas, el supuesto «darwinismo social» de R-M (*i.e.* su «racismo») a su «íntima experiencia vital» (2003: xvii).²⁰

19 La bibliografía de Juan Siles Guevara, en sus secciones «Crítica y biografía» y «Tesis», registra 136 trabajos sobre R-M publicados hasta 1967 (véanse los ítems 122-257). Guillermo Ovando Sanz, en bibliografías diferenciadas que van hasta 1986 y que complementan la de Siles Guevara, añade 99 entradas (1996: 242-246; 251-256; 265-282). La bibliografía comentada, e inédita, de Jorge Estévez nombra y resume algunos de los textos publicados hasta 2017.

20 La historiadora Marie-Danielle Demélas argumenta esta adscripción del «pensamiento sociológico» de R-M al «darwinismo social» (1984; 2008). Aunque loable —y de verificable influencia en otros autores, como Barnadas y Zavaleta—, la explicación de Demélas del «racismo» de R-M se apoya en una revisión parcial de la obra (apresuramiento deducible de lo que dice y del reducido grupo de textos de R-M que glosa). A ello hay que sumarle algunos errores: habla, por ejemplo, de un «silencio» sobre el tema del mestizaje en el pensamiento social de los Andes en el siglo XIX —silencio en el que R-M sería una excepción—, lo cual, claro, es un desconocimiento voluntarista (*i.e.*: que cree que las cosas no existen porque se las ignora). En lo que ya toca a nuestro tema, la debilidad central de la tesis de Demélas es su reducción a un esquema de lo que en la obra de R-M son oscilaciones y ambigüedades no resueltas. Por ejemplo, ¿R-M cree

Sobre R-M, en suma, y aunque abundante, buena parte de la bibliografía es propensa a lecturas compulsivas: la repetición sin fin de los mismos (e improductivos) actos de interpretación, meras ceremonias tal vez. Como si antes de acercarnos a esta obra tuviéramos que ya haber elegido entre el encomio o la denuncia de su autor, o habernos aprovisionado de una ingente trivía biográfica que nos ayudará a entenderlo o, si hemos logrado librarnos de esa carga, como si tuviéramos que leer a R-M para usarlo en la crítica o confirmación de una versión de la historia de Bolivia (luego de un confuso elogio de sus habilidades). En la adopción de cualquiera de estas ideas de lectura, la familiaridad con su obra es opcional: para proclamar a R-M «el príncipe de las letras bolivianas» poco importa leerlo bien; y tampoco es necesario leerlo bien para hacer de R-M un objeto del denuesto: es suficiente la repetición de un conocido repertorio de citas de segunda mano.

José Luis Roca, con alguna utilidad, distribuyó a los lectores de R-M en grupos que se separan por su actitud hacia ‘el maestro’: los morenistas –que estudiaron al autor y su obra: Humberto Vázquez Machicado, Hernando Sanabria Fernández, Ramiro Condarco, Jorge Siles Guevara (grupo al que hay que añadir ahora a René Arze, Josep Barnadas, Marcelo de Urioste y el mismo Roca)–; los morenianos –que solo admiraron y fueron influidos por sus ideas: desde Alcides Arguedas a Charles Arnade–; y, finalmente, los antimorenistas, una legión de detractores casuales como Franz Tamayo o Tristán Marof.²¹

que el mestizaje es un asunto biológico o cultural?, ¿considera que la política en el Alto Perú es chola o no?, y, si lo es ¿qué quiere decir con ello? Demélas confunde por eso el uso de algunas categorías que en la obra de R-M son fluctuantes: sostiene, por ejemplo, que *altoperuano* es el nombre usado por R-M para «el mestizo de blanco y de indio de los Andes» (Demélas, 2008: 228), una noción que la lectura de *Últimos días coloniales* le hubiera obligado a replantear. Al respecto, es de provecho contrastar las ideas de Demélas con los apuntes de Germán Colmenares sobre los mismos temas: por una parte, Colmenares piensa que R-M problematiza o matiza sus declaraciones racistas en la práctica misma de la composición de sus crónicas; por la otra, y sin negar el racismo genérico de R-M, lo ubica en un contexto: «Su actitud frente a la tradición cultural, con todo su racismo, era infinitamente más compleja que la del resto de los historiadores [hispanoamericanos] del siglo XIX» (1997: 97).

21 Sergio Mejía añade a esta clasificación un cuarto grupo: el de los que componen «morenadas», «volúmenes enteros dedicados a comentar su vida y su obra, todos útiles, todos algo redundantes» (2013: 157).

Barnadas, otro morenista que organizó la crítica sobre R-M (1988: 8-17), identificaba –con indudable provecho, aunque sin mayor precisión– tres ya no grupos sino períodos en la recepción de la obra de R-M: uno primero de impronta *impresionista* (1907-1933), en el que se publican breves apreciaciones valorativas de la aún secreta maravilla de los textos de R-M (véanse las notas de Jaime Mendoza o Alcides Arguedas); un segundo período *revisionista* (1933-1954), en el que la crítica de R-M adquiere el tono polémico que la acompaña hasta hoy (véanse los ensayos de defensores como Rigoberto Villarroel, Federico Ávila, Gustavo Adolfo Otero y Carlos Medinaceli); y un último periodo (desde 1955) *erudito*, verificable en los trabajos académicos sobre R-M de Armando Alba, Gunnar Mendoza, Vázquez Machicado, Sanabria, Siles Guevara y Condarco (periodo y espíritu al que habría que incorporar a Urioste, Roca, Guillermo Ovando Sanz y al mismo Barnadas).

Cuando los encantos de la reducción biográfica son ignorados por unos instantes, las discusiones de la obra de R-M suelen dedicarse brevemente a dos objetos de lectura: a) la interpretación de R-M del proceso independentista altoperuano (interpretación que es debatida para confirmar ciertas nociones o para combatirlas); b) la definición general del «oficio del historiador» de R-M desde ideas historiográficas de la época o de los pronunciamientos preceptivos del mismo autor. Sobre lo primero, son ilustrativos los ejemplos de Arnade y Roca, caras de la misma moneda: uno adopta las que estima son las tesis culturales de R-M sobre el Alto Perú y les asigna un valor probatorio; el otro dedica agitadas páginas a desmentir los que califica «mitos de la historiografía boliviana» inspirados en R-M, convertido ya en corruptor de historiadores.²² Sobre lo segundo (las ideas de R-M sobre su oficio), se pueden leer los apuntes de Abecia (1965: 287-319), que glosa lugares comunes del pensamiento histórico europeo del XIX y se los atribuye a R-M (según ese modelo de la cultura americana que la comprende como una serie de

22 Los que Roca rebate son los «dogmas» que sobre la revolución de 1809 él imagina que R-M defiende o inspira en otros. Sin embargo, es difícil encontrar esos dogmas en *udc*, que, en realidad, los niega. El de Roca es más bien un listado de malentendidos –de Arnade y del mismo Roca– sobre la obra de R-M. (Véase «Los dogmas de la historiografía boliviana preconizados por R-M», 2008: 163-179).

«préstamos» de la europea);²³ o los de Condarco y Siles Guevara, que, con mayor diligencia, bosquejan los términos de una teoría moreniana de la historia a partir de citas, sobre todo de *Elementos de literatura preceptiva* (1891), manual escolar que R-M compuso para sus estudiantes del Instituto Nacional de Chile (Condarco, 1971: 341-373; Siles Guevara, 1979); o los de Barnadas, que retomando lo que dicen Condarco y Siles Guevara, hace un recuento de mayor detalle de las declaraciones metodológicas de R-M (1988: 128-154).²⁴ En sus versiones menos diligentes, las discusiones del método histórico de R-M insisten, sin ningún beneficio, en que era un *positivista* (o no lo era). Para la mayoría de estos exégetas apresurados, el *positivismo* es el uso de documentos (lo que haría de cualquier historiador moderno, *a priori*, un positivista); en otros, el *positivismo* es, además del uso de documentos, un atributo temperamental: Prudencio, por ejemplo, sostiene que R-M no es positivista porque, aunque use documentos, su actitud no es la del «historiador que estudia fríamente un suceso lejano» (1973: 31).

En un resumen preciso, el historiador René Danilo Arze ha inventariado los énfasis y temas explícitos de la bibliografía sobre R-M. Distingue:

- a) los ensayos que discuten sus cualidades como historiador;
- b) los que explican su metodología e hipótesis históricas;
- c) los que se detienen en la azarosa suerte de la edición de *Últimos días coloniales*;
- d) los que clasifican sus temáticas;
- e) los que se demoran en la interrogación de sus juicios y categorías (Arze, 1996: 10-12).

La lectura de René-Moreno desde otro costado

A las lecturas dominantes en la confraternidad de los morenistas, y que hacen al grueso de lo que se ha dicho sobre R-M (y que aquí organizamos, sin entrar en

23 Urioste (2010), por el mismo principio, al glosar las ideas de R-M sobre los usos y beneficios de la historia, menciona –sin probarlos– parentescos y deudas con: Tucídides, Herodoto, Polibio, Maquiavelo, Michelet, Guizot, Ranke, Comte, Darwin, Bello, Amunátegui y Barros Arana.

24 Aunque útiles, ninguna de estas caracterizaciones de las ideas de R-M sobre la escritura de la historia se plantea a partir de la práctica misma de la escritura histórica de R-M.

detalles), se le deben añadir, por sus beneficios colaterales, dos breves grupos de contribuciones anómalas, más útiles en el lance de acompañar la lectura concreta y lenta –de esas que van de principio a fin y no por encima– de una de sus obras mayores, *Últimos días coloniales*. El primer grupo –de autores que Roca hubiera contado entre los «morenianos»– es el de fragmentos memorables no por lo que dicen de la obra de R-M y más bien por lo que hacen con ella. Es el caso de los apuntes de José Eduardo Guerra y Carlos Montenegro, que de la obra R-M obtienen, además de información –sobre la sociedad colonial retratada en los primeros capítulos de *Últimos días coloniales*, por ejemplo–, también intereses y nociones generales. Guerra, en su *Itinerario espiritual de Bolivia* (1933) –una historia geográfica de las sensibilidades y de la literatura en Bolivia–, adopta de los ensayos de R-M su atención a la conexión entre maneras concretas de sociabilidad y de cultura y, lo que es más notorio y notable, prolonga el interés moreniano por las relaciones entre cultura oral y letrada (relaciones que en R-M no son las de la distancia u oposición sino de una mutua contaminación constante). En su configuración de una historia alternativa o contraoficial del espacio público en Bolivia, Montenegro extrapola y amplía en *Nacionalismo y colonijaje* (1943) la noción del «rumor» –delineada por R-M en *Últimos días coloniales*– en tanto ímpetu de la intersubjetividad y de lo político, o sea, de la aparición de una esfera pública (Montenegro, 2016: 51-80).

Sobre su admiración por la obra de R-M, René Zavaleta Mercado dejó pocas dudas y no era en absoluto reticente al plantearla: «Gabriel René Moreno, sin duda el más grande de los escritores bolivianos», escribió en *Lo nacional-popular en Bolivia* (1986), raro admirador marxista en un coro en el que abundan los conservadores (2013: 296). Pero esta admiración –mordida por la denuncia amarga y perpleja del racismo del maestro, que era el racismo trágico, creía Zavaleta, del mejor hombre de una casta señorial (y pese a que, tratando de ser justo, nos recuerde que «las contradicciones son capaces de generar almas» [2013: 299])– no es solo una declaración enfática o canonizante y tiene marcas o consecuencias verificables. Una primera enumeración de lo que el mayor ensayista boliviano del siglo XX parece deberle al mayor ensayista boliviano del XIX podría contemplar estas posibilidades: a) La adjetivación no rutinaria, «no castiza» (si es que entendemos por «casticismo» el fervor por la frase hecha y el lugar común); la curiosidad por las mediaciones de lo político o de lo político como el reino de las mediaciones; c) la repetida elaboración argumental en dos niveles: el de la

concatenación causal y el de su constante interrupción o puesta en duda por el análisis digresivo; d) una lógica de la escritura que no es programática o expositiva sino textual: los ensayos de R-M –como luego los de Zavaleta– no buscan solo el despliegue de ideas y hechos sino que requieren, en el gesto mismo que dirige la mano del escritor, la inscripción de las dificultades del asunto entre manos (y como si esas dificultades fueran también las de su representación).

Las señaladas hasta aquí no son idiosincrasias metodológicas que abunden en la época. En ello, dicen algunos de sus admiradores, R-M era superior al contexto intelectual en el que trabajaba²⁵ y la obra que produce es peculiar, extraña, difícil de entender por sus filiaciones generales. Esta ‘singularidad’ de R-M será central, por ejemplo, en la lectura del historiógrafo colombiano Germán Colmenares, que, cuando quiere ubicar a R-M con sus contemporáneos, dice no saber dónde ponerlo.

No es multitudinario el grupo de lectores que asume algo por otra parte evidente para cualquiera que haya empezado a leer a R-M: que leer uno de sus libros es tratar de entender cómo funciona y que, aunque compartan un aire de familia, cada uno de ellos funciona a su propio arbitrio. El elogio de las habilidades retóricas en juego –o la condena de su oscuridad expositiva– no es, por lo general, el principio de una comprensión de esa retórica. Hacia su logro, además de observaciones rápidas de los mayores morenistas (pienso en Sanabria y Barnadas), otras contribuciones de probable provecho provienen de filólogos y sociólogos –Luis H.

25 Carlos Medinaceli, por ejemplo, dice sobre la superioridad de R-M (y las incomprendiones que lo acompañan) lo siguiente: «Lo triste es que el pobre Moreno, hasta ahora, sigue siendo el hombre “sin patria” que ha sido siempre: odiado en su patria, calumniosamente sindicado de achilenado; odiado en Chile –especialmente por los historiadores mastodontes estilo Barros Arana y Vicuña Mackenna– por su superioridad intelectual, las pullas que les lanzaba y que sabía ponerlos en vereda, despreciándolos en el fondo y sin cederles una línea en el justo orgullo de su talento; denostado en el Perú por análogas causas que en Bolivia y excomulgado en la Argentina porque les descubrió “la prevaricación de Rivadavia” de aquel becerro de oro porteño. ¿Quién lo va a defender al pobre Moreno, ni quién le va a hacer justicia, si es algo peor que un gitano? Los bolivianos de las generaciones anteriores a la nuestra tienen un inveterado prejuicio contra él y primero se harían cortar la mano que dejar de odiarlo para esforzarse por comprenderlo y, en cuanto a los de la actual, con excepciones de pocos admiradores conscientes como usted [Roberto Prudencio], Ortiz Pacheco, donde menos lo conocen y tienen las ideas más absurdas sobre él es en Santa Cruz, la tierra más amada por el infortunado escritor» (carta a Roberto Prudencio del 8 de noviembre de 1937 [Medinaceli, 2012: 312]).

Antezana y Salvador Romero Pittari– y de historiadores de la historia –Germán Colmenares y Sergio Mejía–.

Salvador Romero Pittari partía ya en 1986 de una aclaración escandalosa; su escándalo consistía en que estimara necesario decirla en voz alta: cita a Ortega y Gasset para advertir que «pretender explicar la pintura de Monet refiriéndola a las catedrales y los paisajes del Sena que ella representa sería dejar de lado aquello que funda su naturaleza específica, a saber: una cierta manera de aproximarse a la realidad» (2014: 67-68).²⁶ Su breve ensayo sobre *Últimos días coloniales* se encamina, tentativamente, hacia esa especificidad. Y encuentra en la composición narrativa de *Últimos días coloniales* un método general que bien podría entenderse como un discernimiento novelesco de la sociedad: «Cada individuo actúa en ella según su ideología, su status, sus intereses o su conocimiento del medio, variables inseparables de una sociedad particular y de la biografía del personaje» (2014: 71).²⁷

Esta inicial alusión a la densidad novelesca de *Últimos días coloniales* es ampliada años después por Luis H. Antezana en su contribución al estudio introductorio de la edición de la Biblioteca Ayacucho (2003): en R-M, escribe, «la trama, los personajes y el contexto en todo momento se implican mutuamente», en un relato que se desarrolla «como una novela de intriga y de suspenso» (2003: xxix). Y es una novela de intriga y de suspenso que persigue la reconstrucción de la crisis de la sociedad colonial altoperuana: la narración que leemos es el despliegue y análisis de esa alteración. (Antezana sospecha que la crisis charquense se insinúa para R-M como una crisis de las distancias: las distancias que alejan a La Plata de otros centros mayores de poder, pero también las distancias históricas, sociales, políticas y culturales que se hacen visibles y activas en una ciudad, La Plata,

26 Si siguiéramos el espíritu de la problemática analogía de Romero Pittari, habría que aclarar que estas notas introductorias no discuten las diversas historias a las que se refiere la obra de R-M y se concentran más bien en sus formas de representación y análisis. Por ejemplo, en el caso de «los movimientos independentistas en el Alto Perú», los interesados pueden leer con gran provecho los clásicos contemporáneos sobre el tema: Arze (1979), Roca (2007), Siles Salinas (2009 [1992]), Barragán *et al.* (2012), Soux (2015).

27 Urioste es otro comentarista que se detiene, por un propósito más encomiástico que analítico, en las virtudes novelesco-narrativas de la obra histórica de R-M: elogia sus descripciones urbanas, su retrato de personajes, su humor (2010: 41-49).

durante esos agitados últimos días coloniales). El modo narrativo de *Últimos días coloniales* –que es «impecable», dice– apela por otra parte a la constancia de un principio de construcción: «R-M interrumpe el desarrollo de la trama para detallar, social e históricamente, los espesores implicados en los “instantes” que trata» (2003: xxxi).

La lectura de Colmenares –y la de Mejía, que la continúa y cuestiona– se establece desde la comparación de R-M con otros historiadores latinoamericanos del XIX;²⁸ en esa comparación, concluye que los libros de R-M son irreductibles a las tendencias historiográficas dominantes de su época. Autor de una clásica colección de ensayos sobre la escritura de la historia en Sudamérica en el siglo XIX, *Las convenciones contra la cultura*, Colmenares propone al comenzar su panorama una hipótesis general de lectura, anunciada en su título: que en la obra de algunos historiadores del XIX –Andrés Bello y José V. Lastarria, Diego Barros Arana y Mariano Paz Soldán, José Manuel Restrepo y Miguel Luis Amunátegui, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López– se manifiesta la tensión irresuelta entre convenciones prestadas de Europa y una materia cultural heterogénea, ajena a

28 Desarrollando sugerencias de Colmenares (1997 [1987]: xxx-xxxii) y de Barnadas (1988: 68), el historiógrafo ecuatoriano Juan Manguashca ha postulado la existencia de una red de intercambios, influencias, préstamos y lecturas que, desde los centros intelectuales de Santiago y Buenos Aires, sostiene una «República de las Letras» de los historiadores latinoamericanos del XIX. Su panorama resume los que considera los tres mayores debates sudamericanos sobre «cómo se debería escribir la historia» (que era, dice, para esos historiadores, la historia de la Independencia): el que enfrentó en los años 40 a Andrés Bello y José Victorino Lastarria, defensores –según la lectura de Manguashca– de la historia narrativa (*ad narrandum*), el primero, y analítica (*ad probandum*), el segundo; el que, ya en los años 60 del siglo XIX, entablaron Bartolomé Mitre y Dalmacio Vélez Sarfield sobre los agentes determinantes del cambio histórico (los grandes hombres y las élites de la capital, para Mitre; el pueblo y las gentes del interior para Vélez Sarfield); y el ya otoñal, de los años 80, entre Mitre, otra vez, y Vicente Fidel López, que sostenía que –en contra de nociones que atribuía a Mitre– la acumulación de pormenores documentales no solucionaba, dictando una forma, el problema de la narración histórica (2011: 463-476). Sobre el lugar de R-M en esta República de las Letras históricas, algo se puede deducir de sus críticas (a la obra de Benjamín Vicuña Mackenna, por ejemplo) y de la naturaleza de sus deudas, que son con frecuencia más documentales que metodológicas. En *Últimos días coloniales*, R-M usa las historias y recopilaciones documentales de Andrés Lamas (del que recibe un regalo de documentos), Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Francisco Bauzá y Antonio Zinny. Se remite además con frecuencia a los que llama «cronistas primitivos» de la emancipación en el Río de la Plata: Manuel y Mariano Moreno, Ignacio Núñez, Francisco Sagui y Gregorio Funes.

esos préstamos. Este desencuentro entre formas (o convenciones) y materiales (o culturas) es el que, para Colmenares, no se repite en *Últimos días coloniales* de R-M: la «íntima comprensión del mundo colonial americano debía pasar», dice, por una «restitución del lenguaje»:

En *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, la voz del historiador multiplicaba la presencia de objetos y personajes de una manera dialógica. El realismo de la figuración procedía de una paráfrasis imaginativa de los documentos de fines de la Colonia. R-M calcaba las menores sinuosidades de los textos, ahondando el relieve y transformando los ritmos, pero conservando la textura expresiva. La paráfrasis trasmutaba sutilmente cada texto en significados, animaba las fuentes, las hacía hablar y responderse unas a otras. Amontonaba textos y significados para construir una tela sin hendiduras posibles. El relato cubría apenas dos años en una secuencia sin cisuras que combinaba la descripción del detalle y la interpretación general, el transcurso puntual de los hechos y una profundidad temporal que les prestaba su sentido (1997: 94).

Esas densidades y abundancias dialógicas de *Últimos días coloniales* son, para Colmenares, los instrumentos de otra estrategia en la comprensión de la causalidad: «El ámbito pomposo de las historias patrias se disolvía en gestos sin importancia aparente, en caracteres nimios, en pequeñas envidias o chismes», pequeñeces que sin embargo, como en una novela, «van apretando el nudo de la significación» (1997: 94). A la vez, este modo de encarar los materiales y formas del relato permite a R-M abordar «el juego que iban tejiendo circunstancias y personalidades» (1997: 95) de acuerdo a una lógica que presume que poco o nada es solamente lo que es: en la crisis, las mudanzas son constantes y hasta «las cavilaciones provincianas adquirirían, casi al azar, la categoría de pensamiento político» (1997: 95). Colmenares se ocupa, en suma, de los procedimientos con que R-M incorpora a la narración histórica las densidades de una cultura. Concluye, ya rendido a la tentación encomiástica:

Gabriel René Moreno ha sido el único historiador decimonónico del sur de Hispanoamérica en proponer el problema cultural de la reconstrucción histórica y en haber encontrado una solución valiéndose de su percepción refinadamente estética. Esta era una salida que no estaba muy lejos de la expresividad de las novelas de Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa en nuestros días. (1997: 97).

Hacia una poética de la escritura de la historia

La primera escena: Los llamados del archivo

Puede ser que la definición de una teoría de la escritura de la historia en R-M obtenga una iluminación inicial en la recreación de esta escena: en su escritorio, tarde en la noche, R-M organiza y clasifica para su posterior empaste esa dispersa folletería que se ha acostumbrado a coleccionar, según hábitos que confiesa con el vocabulario de las perversiones: los que salva y cuida son restos y pedazos de papeles que nadie quiere, los inciertos frutos de regulares excursiones solitarias «por las catacumbas de la bibliografía boliviana», dice (R-M, 1873: 130). El conocimiento de una sociedad requiere –añade ya el coleccionista– el cuidado de esas huellas, una curaduría un tanto ciega que con «mano paciente y benévola» reúna los «artefactos dispersos» de su vitalidad. El papelista –un doctor Frankenstein de la folletería– no es el escritor y tampoco sabe, con exactitud, lo que busca o lo que quiere hacer, aunque sí conoce su propio interés: en esas «producciones de la sociedad boliviana convulsa y desasosegada» tiene la ilusión de encontrar «las formas francas y genuinas que brotan de su actividad espontánea, la verdad y la fuerza de su pensamiento solicitado o aguijoneado por el afán de la vida» (R-M, 1873: 129). Los papeles, hasta ahora artefactos dispersos al cuidado del coleccionista, devienen materia o principio de las labores del historiador solo después, cuando han sido clasificados y su lectura deja entrever en ellos un misterio: «el hecho, como fenómeno social, no viene a ser advertido por el investigador sino a la larga», dice, y solo después de que una sostenida atención «deja ver que aquí existe todo el sistema de una costumbre cuyas causas es curioso averiguar» (R-M, 1873: 130).

Es como si, en un eco de las justificaciones de Bartolomé Arzáns –que achacaba al Cerro Rico su vocación narrativa, pues este, dice en el prólogo a su *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (1736), lo «había escogido para su autor»–, R-M, en una suerte de versión escatológica del fetichismo, concediera a estos impresos un repentino don de lenguas, una capacidad de reclamo, una voz.²⁹ Estas son por eso

29 Una variante de la misma escena es su encuentro con el baúl de documentos que le obsequia Daniel Calvo en su primer viaje de regreso a Sucre, en 1871. El baúl contiene, entre otros papeles, un original del acta de la Independencia de Bolivia. En Arzáns, es el cerro deslumbrante

experiencias que se cuentan en los términos testimoniales de un encuentro con algo que nos llama. Al principio, recuerda R-M, cuando cierto «maremágnum de folletos bolivianos se me apareció por primera vez», distraído en el acto clasificatorio, no escucha, no ve nada todavía, pues actúa «con indiferencia y casi con desdén» (R-M, 1873: 129). Pero esa misma paciente labor de la clasificación es la de una primera lectura que le permite descubrir en esos papeles *singularidades*, las de las guirnaldas, por ejemplo, ese género espectral que reconstruye viejas ceremonias de la oralidad dominante de la cultura boliviana y que ahora es menester considerar «con el cuidado y miramiento debidos a un linaje de publicación habitual en todo un pueblo» (R-M, 1873: 129). Ya elocuentes, esos artefactos dispersos de la sociabilidad adquieren los privilegios de la intimidad:

Cuando mis tareas de coleccionista me llamaron por primera vez a otra parte, ya no me fue posible dejar las guirnaldas sin pena y sin verdadero afecto. Tocoles quedar algún tiempo junto a un rollo macizo de constituciones políticas, que también significan en Bolivia fragilidad, muerte y disolución (R-M, 1873: 129).

Los impresos que la lectura ha salvado de la dispersión devienen «camaradas predilectos», compañeros de ruta, ya resucitados y de pie:

He aquí los tengo ya delante de mi mesa de trabajo (la lámpara en medio de ellos) a mis dos queridos y acariciados volúmenes, de pie como dos sauces llorones sombreando una existencia que alentando se consume (R-M, 1873: 130).

El horizonte narrativo de la historia

R-M escribió sobre todo *crónicas históricas*. Ello no es menos indudable que el hecho de que, aunque él mismo se refiriera con esas palabras a algunos de sus

el clásico objeto aurático que le devuelve la mirada y lo encanta: «con ojos de plata puedo asegurar que me ha mirado para su autor» (Arzáns, 1965: clxxxiii); R-M, frente al baúl de tesoros documentales, cuenta su maravillamiento: «apenas podía dar como efectivo lo que tenía delante de mis ojos». Esta epifanía, como tantas, crea una obligación y una fidelidad: «Al punto comprendí que tal adquisición me imponía deberes estrictos de conservación y custodia» (cit. por Condarco, 1971: 123). La mejor biografía de R-M como coleccionista de papeles, salvador de documentos y constructor de bibliotecas es la de Gunnar Mendoza (1951).

textos, no sabemos con precisión qué es lo que entendía por *crónica*. No sería un mal lugar para buscar una respuesta el texto que, a todas luces, es una de sus mayores contribuciones al género, *Matanzas de Yáñez* (1886), que inscribe sus aspiraciones formales y metodológicas en términos programáticos explícitos en el «Prólogo» y también por su práctica concreta de la escritura. A saber, y a primera vista, la crónica a la que aspira R-M en ese libro es simplemente *la narración ordenada de los hechos de los hombres*; pero esta, más que la definición de un género, es la de una aspiración: solo al final de su lectura entendemos que tanto la «narración» como los «hechos» y los «hombres» son categorías que no deberíamos haber supuesto ya establecidas.³⁰

La *narración* histórica, por ejemplo, es para R-M una operación compleja de *lectura*: más que la determinación de *lo que realmente fue*, según el desafortunado lema atribuido a Leopold von Ranke (aún vigente en rincones de la historiografía boliviana), es un acto incesante de interpretación y compulsión de *las representaciones* de los hombres sobre aquello que sucedió y les sucedió. El cronista no es, en ello, solo un narrador encargado de hacer la curaduría de los hechos, su selección y ordenamiento; lo que lo distingue, en verdad, es que incluye entre los hechos que merecen su atención las figuraciones con que los hombres han entendido y malentendido sus circunstancias.

Si se cree, como R-M, que ser un cronista es seguir la crónica de una lectura, no debería extrañarnos que *Matanzas de Yáñez* resuma los hechos en cuestión –esos que *sucedieron realmente*– en un solo párrafo, el cuarto apenas de un libro de 447 páginas. Y tampoco que esa crónica se abra, siguiendo un procedimiento retórico

30 Las numerosas indisciplinas de R-M en su relación con las fronteras entre los géneros textuales, por otra parte, merecen un estudio detallado. En la persecución de formas para su estilo, muchos de los textos de R-M se presentan, al lector, en sus líneas iniciales, como modestos comentarios bibliográficos, que luego y con frecuencia se transforman en extensas biografías, ensayos, análisis sociológicos, diatribas. Sanabria ya había señalado esa anomalía de los comentarios de R-M (1970: [14]). Urioste amplía las observaciones de Sanabria: «La acotación bibliográfica es el más frecuente molde expresivo usado por R-M. Pocos textos arribados al horizonte de su atenta mirada se salvan del comentario. Sin embargo, esas notas de bibliófilo solitario, esos pensamientos al margen diseminados por toda su voluminosa obra, llegan intermitentemente al borde del ensayo, sin que sepamos, a veces, cuándo han traspasado la barrera imperceptible de los géneros» (Urioste, 2010: 76).

que luego Borges hará famoso, con una descripción bibliográfica, la de los 47 números de *El Juicio Público*, primer objeto de las lecturas obsesivas y lentas que son el horizonte metodológico del cronista y que derivan en comentarios más extensos –¡200 páginas!– que los textos periodísticos que glosan. La crónica en *Matanzas de Yáñez* es, en suma, y sin dejar de aspirar al establecimiento diligente de los hechos –aunque para eso le baste a R-M un párrafo, breve y preciso–, más que nada la crónica de las contradictorias y sintomáticas maneras en que los hombres han vivido y representado esos hechos. De ahí la atención prestada a las voces de esos hombres: el relato del historiador es un cuidadoso montaje de citas, de palabras ajenas. «Las gacetas bolivianas son las musas que han dictado el presente centón», explica R-M (1886: ix).³¹

En el prólogo tardío a *Últimos días coloniales*, R-M discute los méritos y diferencias de dos modalidades narrativas: por una parte, para cierto periodo de su crónica, el uso analítico de los documentos a fin de ir «desentrañando en ellos la externa serie lógica de los diversos hechos», pero de manera que su conexión «preferente» forme «individualidades primordiales bien caracterizadas». La otra manera intenta, en cambio, «estrujar» el sentido de los documentos, con la esperanza de que estos proyecten «una luz con que ver en el interior de los ánimos».

La combinación o alternancia entre un horizonte diacrónico y uno sincrónico –para usar el antiguo vocabulario del análisis estructural– corresponde lejanamente a la adopción de dos modos compositivos: en *Últimos días coloniales*, como ha señalado Antezana, esa alternancia supone, por un lado, el enlace ordenado y hacia adelante de actos y hechos, y las ocasiones de digresión o ampliación analítica, a la Tocqueville, por el otro. Es claro que R-M no piensa, como luego Braudel y la escuela de los anales francesa, que esa procesión de acontecimientos sea, en palabras de Halperin Donghi, «la incesante fantasmagoría que despliega ante nuestros ojos la *histoire événementielle*», y tampoco que la historia «solo adquiere sentido» cuando el historiador abandona los pormenores «para penetrar las capas más profundas de la realidad» (2014: 10). De hecho, en R-M, la narrativa se organiza casi

31 Centón: «Obra literaria compuesta enteramente, o en la mayor parte, de fragmentos, sentencias o expresiones de otras obras o autores» (DRAE).

como la prueba de que estos dos niveles, opuestos por Braudel, no son excluyentes y dependen de lo que se trate y explique.³²

Por otra parte, y ya pensando en conocidas taxonomías de la narración histórica, acaso los de R-M sean mejor descritos como relatos *farsescos*, según una inclinación de sostenida reflexibilidad: su escritura tendería a formas que «adquieren sus efectos precisamente al frustrar las expectativas normales sobre los tipos de resolución que ofrecen los relatos [históricos] moldeados en otros modos (el romance, la comedia, la tragedia...» (White, 1975: 8; traducción mía). Esta frecuente frustración de las expectativas, en la obra de R-M, provoca, por ejemplo, el retrato oscilante y ambiguo de los personajes, de sus acciones, de las intenciones en juego, de las consecuencias no esperadas de esos actos. O, a diferencia de Hegel –trágico en los pormenores, pero no en su gran historia–, se debería decir que R-M tiende a la inscripción *farsesca* de los pormenores de la política y a la construcción *trágica* del relato general de la emancipación altoperuana. En su crónica de los últimos días coloniales y los primeros de la República, la primera vez las cosas suceden como farsa y la segunda como tragedia, como encaminadas hacia la consecución de un *pathos* que lo es porque es una repetición desgraciada.³³

La danza de totalidad y contingencia: Las argucias de la historia

Tempranamente en *Últimos días coloniales*, R-M introduce este concepto: el de un *consorcio de circunstancias* cuya dilucidación, y por un *cálculo total de las cosas*, nos ayudaría a hacer visible la crisis histórica de la que se ocupa su crónica, crisis del régimen colonial, que por unos meses hace aguas o parece hacer aguas porque su rutina social –aquellos largos *hábitos de sumisión* que el mismo

32 El más entretenido análisis de las consecuencias epistemológicas de estas tensiones –narración vs. análisis; actos singulares vs. estructuras; largas acumulaciones históricas vs. el cambio súbito de un paradigma– es, hasta donde sé, el del antropólogo Marshall Sahlins en su discusión teórica de la memorable temporada de 1951 de la liga del béisbol estadounidense (véase «Culture and Agency in History», el segundo capítulo de su *Apologies to Thucydides*, 2004: 125-193).

33 Eso sucede con las dos caras de los doctores *doscaras*, que, ya en su aparición temprana en *Últimos días coloniales*, son fantoches funcionales a la causa gloriosa de la emancipación, pero que luego, ya durante la fundación de la República y durante sus primeras décadas, devienen emblemas trágicos de la deriva o miseria política de una sociedad.

R-M no deja de señalarnos— es alterada por una extraordinaria confluencia de actos, de personajes, de hechos. En los días y semanas que R-M decide narrar, el tiempo se acelera providencialmente: los acontecimientos, escribe R-M, se agrupan «para sucederse con una inmediatez que les da el viso de simultáneos» y, en su consorcio, desencadenan mudanzas «vastas, radicales y duraderas».

El *consorcio de las circunstancias* —que es un horizonte explicativo inconciliable con esas dicotomías estructurantes que dominarán luego el pensamiento social boliviano— requiere, para su despliegue textual, de un comportamiento retórico más bien digresivo. La relación de los actos de los hombres y las reacciones que esos actos desencadenan no es suficiente, aunque corresponda a esa deseable recomposición analítica de la «externa serie lógica de los diversos hechos» que R-M identifica como una de las tareas del historiador en su prólogo a *Últimos días coloniales* de 1901. Y porque no es suficiente, el modo que demanda la captura del consorcio casi infinito de circunstancias —y sus actos, costumbres, equivocaciones, ideas, recuerdos, violencias, fracasos— es el del desvío o la demora constantes: aclaraciones y apartes, exposición rápida de los contextos necesarios y el resumen de historias previas que van armando un entramado que es al mismo tiempo un esclarecimiento.

Las circunstancias que esta práctica de la escritura histórica convoca nunca abandonan su carácter circunstancial: si es que no son manifestaciones del azar, son las evidencias de una acumulación histórica que no sabe para quién trabaja. Como en Hegel (al que R-M le debe no poco), incluso los vicios y las mentiras son, en tales constelaciones, momentos de la verdad.³⁴ Un glorioso, aunque prematuro, gesto emancipatorio fue construido por gente deleznable, en esta historia que es una alquimia al revés que transforma el oro en el mismo barro de todos. Y esto porque las contingencias de cada quien y las singularidades de la casualidad adquieren

34 R-M se acerca a Hegel en su aversión a las conexiones inmediatas, indirecta que está detrás de la inclinación de ambos a imaginar la historia como el reino de las paradojas del tiempo. Esta podría ser una buena apreciación general de la interpretación del proceso independentista en el Alto Perú en la obra de R-M: «Unas veces vemos moverse difícilmente la extensa masa de un interés general y pulverizarse, sacrificada a una infinita complejidad de pequeñas circunstancias. Otras veces vemos producirse una cosa pequeña, mediante una enorme leva de fuerzas, o salir una cosa enorme de otra, en apariencia, insignificante. Por todas partes el más abigarrado tropel, arrastrándonos en su interés» (Hegel, 1974: 42).

en la crisis social los sentidos de su concurrencia milagrosa: su coincidencia y comunicación las sobredeterminan. Nada aquí se define *a priori* y es solo en su análisis –que es una operación póstuma– que encuentran un lugar en el consorcio de las circunstancias históricas.

Las indirecciones o subterfugios de la historia son, en las crónicas de R-M, un giro frecuente. Ya en el prólogo de *Matanzas de Yañez*, R-M hacía de esta idea una especie de principio metodológico (recordemos: «Si para los contemporáneos mienten y yerran las gacetas, dicen verdad –hasta la verdad misma de su errar y de su mentir– para ante la historia»). Y en *Últimos días coloniales* la noción prolifera y abunda, convertida en principio mismo de la consideración compleja y digresiva de la totalidad: lo que en un nivel de análisis es una cosa, en otro nivel es otra, distinta; lo que significa algo en un tiempo, significa otra cosa en otro tiempo; lo que es un error en determinado contexto es una verdad en otro (y de ahí que el historiador exalte «la verdad misma de su errar y su mentir»).

En ninguna de sus creaciones R-M explora mejor las posibilidades de este aliento de aires hegelianos que en el retrato de su más famoso personaje: el doctor *doscaras* altoperuano. ¿Contribuyen a la emancipación o la traicionan? ¿Creen en ella o fingen las fidelidades adecuadas en las circunstancias? ¿Ayudan o perjudican? Preguntas como estas son las que subyacen en una larga historia de malentendidos, evaluaciones que no logran determinar con claridad qué dice R-M de estos señores (véanse las lecturas, en una dirección o la otra, de Arnade y Roca). Pero lo que encuentra R-M en los doctores *doscaras* altoperuanos –que malas lecturas posteriores hacen emblema de la doblez colla o la perfidia chola, pese a que son en su mayoría criollos blancos– es lo que encuentra en muchos de sus personajes: la verdad misma de su errar y su mentir. Sí, es cierto que encarnan una suerte de vanidad e hipocresía gremial incansable; sí, es evidente que velan por sus propios intereses; sí, no hay duda, al leer sus manifiestos públicos, que están como atrapados en las sofisterías inanes de la retórica escolástica del jurisconsulto provincial. Pero no solo a pesar, sino porque son todas esas cosas es que contribuyen, a ratos involuntariamente, a un instante glorioso de la gesta emancipatoria americana. Su hipocresía, su vanidad, sus mezquindades, sus vicios intelectuales son, entre tantas circunstancias, los instrumentos que ha elegido la historia para llegar a ese instante.

La sociedad y el Estado

Aunque lector insomne, R-M tiene a poco, en la práctica, las historias que hacen del pasado una accidentada realización de las ideas y las opiniones de sus intelectuales. Sus crónicas, por ello, están libres de una costumbre que recorre no poco de la historiografía escolar boliviana: la noción nunca examinada de que las transformaciones históricas son el resultado, demorado, de una iluminación ideológica. La glosa de las «ideas independentistas» –a la usanza posterior, por ejemplo, de Guillermo Francovich (1948)– brilla por su casi total ausencia en *Últimos días coloniales*: incluso la formulación misma de la tesis independentista es en su crónica un azar retórico («el silogismo altoperuano»), avatar involuntario de los procedimientos escolásticos que dominan las aulas de la universidad colonial. Nadie es de repente encandilado, en epifanías religiosas, por la imagen de la libertad y cada descubrimiento es el resultado, paradójico a primera vista, de gentes y actos que perseveran en sus propias costumbres y llegan a lo nuevo un poco sin quererlo y más allá de sus aspiraciones.

Lo que reemplaza en la obra de R-M esas historias de unos intelectuales sobre otros –con sus énfasis gremiales en «ideologías hegemónicas», «programas» o «imaginarios»– es una noción específica de la política como una suerte de práctica compleja de vasos comunicantes, de hábitos de circulación y contacto. Aunque conectado a lo demás, el de la política es un dominio específico, con sus propias costumbres y límites, con sus propias formas y requerimientos. Y este reino es uno de riquezas y vitalidades que amenazan con contaminar el resto a su imagen y semejanza. A diferencia de muchos clásicos del pensamiento conservador boliviano posteriores (Alcides Arguedas o Franz Tamayo, Fausto Reinaga o Jorge Siles Salinas), R-M no encuentra en la política boliviana un territorio entregado a la abyección de la colectividad (a ser redimida por líderes o visionarios «probos»). En ello comparte una convicción de su maestro, el vallegrandino Manuel María Caballero, que creía, contra el consenso de la clase letrada decimonónica boliviana, que la única literatura auténtica era en Bolivia la que «tiene relación con la política», pues solo la política «ha sabido apoderarse de los ánimos» (Caballero, 1863). El mismo R-M hablará del valor de ciertos impresos por otra parte deleznable en tanto eran *jirones del aliento social*.

Y no es que R-M se hiciera muchas ilusiones con el destino político de Bolivia. Es más: habla, con melancólica insistencia, de la sociedad boliviana como «convulsa

y desasosegada» y de los repetidos infortunios que ese desasosiego crónico produce (la imposibilidad de la literatura, por ejemplo).³⁵ Pero no encuentra los males de la colectividad boliviana en la colectividad, como se acostumbrarán a hacerlo luego tantos, entre ellos famosamente Arguedas con su categoría, fóbica, de la «plebe en acción». Es más: si es que, en *Matanzas de Yáñez*, R-M aspira a reconstruir, premonitorio, un arquetipo de la violencia política republicana –las masacres con las que es posible periodizar la historia de Bolivia, desde las heroínas de la Coronilla de 1812 a Senkata y Sacaba de 2019–, no hay que olvidarse de que, en su arquetipo, es la colectividad la justiciera y el Estado el agente de la violencia. En ello, R-M se acerca, en el siglo XIX, a Nataniel Aguirre, otro escritor que imaginó multitudes que no eran «abyectas».³⁶

Aunque hablar de la *colectividad* sea en R-M una generalización: a diferencia de las reducciones culturalistas (y denigratorias) de lo colectivo entre los intelectuales del liberalismo de la primera mitad del siglo XX o de las postulaciones glorificadoras y abstractas del nacionalismo posterior (tanto en sus versiones de la segunda mitad del siglo XX como en las de las primeras décadas del XXI), las colectividades –esas *masas de otra gente*, como las ha llamado Jameson (2014: 23)– en R-M no son una reificación a la manera de la «plebe» o del «pueblo». Son más bien configuraciones inestables, compuestas por castas, clases y gremios, cada cual –como los individuos– mediada por su propia historia y sus costumbres, y que participan de cuando en cuando en acciones que los exceden y que se refieren –en su actuación– a la memoria específica de sus relaciones con el Estado (o las instituciones del poder colonial).³⁷

En *Últimos días coloniales* se integran en el relato histórico –como suele ocurrir en los clásicos de la historiografía nacionalista del XIX– hechos, ideas y actos dispersos, pero ese procedimiento narrativo no deriva en la ilusión teleológica, esencial para la pulsión nacionalista, de que tales articulaciones conducirán a la

35 Véanse las páginas iniciales de su *Introducción al estudio de los poetas bolivianos* (1864).

36 Véase el capítulo III de *Juan de la Rosa* de Aguirre.

37 Piénsese por ejemplo en «el pueblo paceño» de *Matanzas de Yáñez* (1886): colectividad chola, inestable, organizada en torno a un objetivo puntual –la resistencia a un crimen de la barbarie estatal–, capaz de actos políticos que lo son porque no son solo políticos: la impulsa la reivindicación de la «justicia», de la «decencia», de la «humanidad».

aparición, que las justifica, de un objeto social estable y definitivo: la nación, la identidad, la verdadera sociabilidad del país, etc. Para R-M, el espíritu público es provisional.

¿Qué es el pasado?

Entre las formas de entender el pasado, la historia –y, con ella, la política–, se contraponen en la tradición boliviana dos:

—La que parece absorta en la obligación de restituir o fabricar una imagen del origen, de un principio que determinaría lo que queremos ser o recuperar. En su versión nacionalista clásica, ese origen se desarrolla o despliega en un tiempo animado por tendencias –políticas– que nos alejan o nos acercan a él.

—Frente a esa perseverante tradición de la historiografía boliviana –prolongada incluso por útiles elaboraciones conceptuales como la de «momento constitutivo» de Zavaleta Mercado–, R-M entiende la política y la historia ya no como una develación o descubrimiento o desarrollo (de un origen contaminado o interrumpido), sino como una temporalidad de la contingencia, de los subterfugios de la totalidad, de las consecuencias de lo inesperado, de las argucias de lo ideológico. Esta manera de entender la historia desencadena a su vez, claro, una comprensión distinta de la praxis: la colectividad no es, en R-M, por ejemplo, un sujeto (a veces «engañado», a veces no), que –cual personaje de novela decimonónica– va adquiriendo, recuperando o construyendo una conciencia (colectiva). Es, en cambio, un nivel de análisis (el de «lo colectivo»), que aparece y desaparece –como en *Matanzas de Yáñez*–, se transforma e incluso se descubre ajeno a sus «intenciones». En otras palabras, «lo público» para R-M no es algo estable y mucho menos definible desde reificaciones identitarias (lo que no excluye que piense insistentemente en hábitos gremiales y memorias de grupo): es algo que anuncia sus formas como esas que el viento traza en el polvo o en el agua.

En las crónicas de R-M, la reconstitución digresiva del pasado se concibe como el resultado de una lectura que evita abandonarse «a la comodidad de sus representaciones» (Hegel, 1974: 48); es más, en discretos pero no inusuales interludios de reflexividad, el historiador se refiere a sí mismo y a sus intercambios y labores con documentos, archivos, papeles sueltos, testigos y testimonios (R-M recopila

y usa con entusiasmo historias orales). Lo que promueve estos esfuerzos de lectura, estos actos del celo filológico, es la esperanza de que si se presta la atención suficiente, si se lee y se relee, si se examinan contextos y relaciones, si se busca lo dicho y lo que no se dice o solo se dice entre líneas, puede ser que resuciten o reaparezcan, como espectros de nuestro cuidado, los materiales del pasado.

El oficio del historiador y la destrucción de los archivos

R-M entiende que sus esfuerzos de archivista y escritor están marcados por el *pathos* de una doble futilidad: los artefactos del pasado que quiere resucitar no le interesan a nadie (según ha comprobado en la práctica) y sospecha que tampoco los textos derivados de la lectura de esos artefactos tienen o tendrán lectores (según verifica por la escasa circulación contemporánea de sus libros).

Antígona de los archivos, R-M es el fundador de una breve genealogía de escritores que regresan a la misma escena: la del lector y paria que intenta salvar los libros, los documentos, los papeles. Esa es la escena que organiza uno de sus ensayos más influyentes, «Los archivos históricos en la capital de Bolivia» (1876), en el que cuenta las batallas del archivista por proteger de los estragos de la saliva humana, de las bocas de la oralidad, las letras del pasado: esos documentos que compran como papel las *ancuqueras*, que envuelven con ellos sus dulces (o *ancucos*). La imagen de una tradición letrada que, lejos de ser «hegemónica», está expuesta a los agravios de la oralidad dominante de la cultura boliviana,³⁸ de su desdeñosa foliofagia destructora, es similar a la que poco después, en 1885, imagina Nataniel Aguirre en la novela *Juan de la Rosa*: una gran biblioteca abandonada en el tercer patio de la casa solariega de Teresa Altamira, la tía de Juanito, el protagonista, donde se amontonan los libros solo de interés para la cocinera porque aprovecha sus hojas para envolver alimentos (Aguirre, 2016: cap. IX). Carlos Medinaceli narrará su versión en un ensayo de 1940, «Los prosistas bolivianos en la época del modernismo», en el que describe su lucha –y la de otros

38 Incluso las formas mismas de la cultura letrada están determinadas, sugiere R-M, por las debilidades de la instrucción: «Los argumentos y el espíritu de la controversia dan cierta medida del gusto de esos letrados. Su prolijidad analítica y explicativa nos advierte de la escasa ilustración que existía en el vulgo de los lectores». Para R-M, los debates mismos en el Alto Perú suponen un público letrado de pocas letras.

bibliómanos— con las mantequeras potosinas, que también sacrifican al imperio de la boca el papel de los archivos.

O sea, el pasado es un cuerpo ausente o amenazado, monumento en suspenso que —como dice en el prólogo a *Matanzas de Yáñez*— «yace todavía en el pecho», a la espera de su resurrección. El oficio del historiador es entonces algo más que un oficio y su horizonte es también ético, aunque ese destino y servicio solo sean alcanzables si se practica bien el oficio. A estas que postula como las responsabilidades del historiador —que al hacer bien su trabajo hace justicia e impide que los muertos mueran dos veces—, añade una más: estas representaciones, como las de la novela, ensanchan «el círculo de nuestra experiencia moral y política» (R-M, 1891: 395).

Para qué leer a René-Moreno: Los dones colaterales

Cierro estos apuntes con la descripción de tres presumibles beneficios de una lectura, ahora y aquí, de la obra de René-Moreno.³⁹ No son los únicos dones de esta obra, aunque creo que son los más oportunos, los que nos hacen falta.

Cierto método para la historia

Las crónicas históricas de R-M proponen un método que luego otros ensayistas adoptarán con mayor detenimiento teórico: la explicación de una sociedad de considerable heterogeneidad e irresolución —la boliviana, que en ello es como tantas otras— justo en el instante en que las rutinas de su costumbre, las formas de su dominio, parecen sufrir una crisis, suspendidas —así sea pasajera— por la aparición de lo diferente: otro entendimiento de las cosas, otro espíritu público, otra colectividad. El método tiene sus dificultades: exige del escritor una doble

39 Y que responden, furtivamente, a una pregunta que el historiador colombiano Sergio Mejía se hacía en su estudio de 2013 sobre *Últimos días coloniales*: «Está por verse qué apropiación se haga en los años por venir de un escritor camba e irónico del siglo XIX» (158). Aunque habría que recordar que R-M no se hubiera identificado como *camba*: en su época se hacía una distinción entre *cruceño* y *camba*. Él recordó en una de sus notas un dicho que circulaba en Santa Cruz en el siglo XIX, «artículo inviolable de doctrina popular cruceña»: «Los enemigos del alma son tres: / Colla, camba y portugués» (1901: 126).

perspectiva constante, que atiende –y no pierde de vista– lo que en esa sociedad en crisis son hábitos (instituciones, prejuicios, formas de hacer y de pensar) y los hechos que, en tanto apariciones o singularidades de las circunstancias, alteran esas rutinas de la sumisión, quién sabe si con consecuencias duraderas o no (en R-M los aprendizajes sociales no son irreversibles). Esta doble perspectiva, visible en las crónicas mayores de R-M (*Últimos días coloniales*, *Matanzas de Yáñez*, *El golpe de Estado de 1861*), es una de las tensiones que informan la variedad de su comprensión histórica.⁴⁰ *Últimos días coloniales* es el análisis del principio de una transformación general y profunda de la sociedad colonial y, a la vez, el retrato de los personajes que la encarnan trágicamente (aun a pesar suyo, aun sin saberlo); es una crónica que abunda en pormenores y un texto de constantes instantes de abstracta potencialidad teórica; es una reconstrucción de ideas y su intercambio y la de los efectos y sentidos (políticos) de esas ideas, en la práctica. Autor testarudamente fiel a la noción de que la escritura es consecuencia casi impersonal de la lectura compleja –incluidos sus fracasos, deficiencias y aproximaciones–, son las bondades de este método su mayor triunfo, bondades que ayudan a comprender el misterioso hecho de que lo mejor de la obra de R-M sea invariablemente superior a las opiniones de R-M.⁴¹

Cierta idea de la política

A contramano de una atiborrada tradición que siente que la política es, por definición, el reino de lo abyecto (abyección a menudo plebeya) o de lo nimio y fugaz (los apetitos y mezquindades de «la politiquería»), R-M detiene su atención en lo político, que en su entendimiento es un dominio pasional, complejo, difícil, multiforme. Su concepción efectiva de lo político es en *Últimos días coloniales*

40 Otra de las tensiones productivas en la obra de R-M es la que se abre entre las formas culturales de una sociabilidad y las consecuencias y contenidos a veces subrepticios a que dan lugar. En *Últimos días coloniales* en más de una ocasión R-M cita documentos y publicaciones sin mayor análisis o glosa de sus contenidos ideológicos («sin meternos en los riscos y breñales de la controversia misma», dice de un panfleto que comenta) y más bien se detiene en sus formas, formas de argumentar y debatir que ilustran mejor, en su opinión, «el estilo y el gusto de la época».

41 Opiniones que podemos encontrar en algunas de sus anotaciones bibliográficas. Es probable que el ciudadano R-M compartiera, por ejemplo, sobre *lo cholo*, los prejuicios de otros pensadores bolivianos posteriores –Alcides Arguedas, Franz Tamayo, Fausto Reinaga–, pero en ninguna de las crónicas mayores del escritor R-M esos prejuicios son un principio explicativo.

iluminadora: por una parte un intrincado régimen de comunicación que no reconoce las fronteras entre lo público y lo privado, impulsado no solo por el rumor malicioso o el debate oficial, sino por un abigarrado repertorio de rituales de la cultura en los que se escenifica la investidura de un poder lejano y también aspiraciones e intereses cercanos: los desfiles, actos oficiales, procesiones, fiestas públicas que satisfacen «la afición de aquellos moradores a los grandes ceremoniales».⁴² Por el otro, la política es —como casi cualquier sistema de comunicación— la permanente posibilidad del malentendido y del fracaso de la lectura: son legión los que no leen bien o no reconocen las intenciones ajenas, o malentienden lo que sucede, o mitifican el lugar que ocupan en el mundo. En la comprensión de R-M, tales fracasos no impiden ni arruinan ni enturbian la política, sino que son parte de su especificidad.

En Bolivia, los intelectuales filomarxistas del nacionalismo revolucionario serán los herederos directos de la pasión moreniana por lo político: Montenegro, Almaraz, Zavaleta, cada uno a su manera y antojo, no se cansarán de hallar, en lo que para otros es el mundo degradado de lo político —pues no es tributario de la superstición de los «valores»—, la manifestación de las más vivas pasiones personales y colectivas que, de vez en cuando, casi sin quererlo, al satisfacerse a sí mismas alcanzan algo mejor, que las excede.

Cierta ambición de la escritura

De la lectura de la obra de R-M se podría derivar una definición de lo que, en la práctica, entendía por los beneficios y límites de su oficio. Es decir, un programa para la escritura de la historia. Se facilita el camino hacia esa descripción si dejamos a un costado, en un gesto preventivo, aquello que la práctica de su escritura eludía o rechazaba sin grandes bullas. No creía, por ejemplo, que las «fuentes» —los documentos escritos y orales que coleccionó obsesivamente a lo largo de su vida— dictaran, como en una revelación inesperada, la forma, sentido e incluso conexión básica de los hechos históricos.⁴³ El historiador es, para R-M, un lector

42 Sobre la «teatralización del poder» en Charcas colonial, además de Arzáns, puede leerse su mejor retrato contemporáneo, el de Bridikhina (2007).

43 Colmenares sostiene que son dos las certezas que la mayoría de los historiadores latinoamericanos del XIX comparten respecto a la naturaleza y función de los «documentos»: la primera,

en el pleno sentido de las facultades que lo hacen uno: el que interpreta, enlaza, elige, relaciona, busca entre líneas, relativiza, confía, cuestiona. La historia es un tipo de escritura que deriva de actos constantes –y provisionales– de lectura de otros textos.

Y tampoco creía en la existencia de una sola manera de representación de los hechos: la naturaleza de los acontecimientos y de sus diversas velocidades y formas de aparición demandaban para él estrategias de inscripción diferenciadas. Su ambición era incluso mayor: impulsado por un viejo deseo de asimiento o captura de la totalidad, la escritura debía conducir a crónicas históricas que aspirasen, así sea por la narración sucesiva, a compartir el mismo aire de complejidad de lo real, de aquello que sucedió pero que no sabemos cómo, por qué y para quién. «Si las cosas allá no son de suyo sencillas ni claras –escribía en una carta de 1871– tampoco deben serlo las ideas que uno saca después de observar dichas cosas».⁴⁴ La dificultad de R-M es por eso una elección y no un suplemento estilístico: sus textos son difíciles porque no había para ellos otro modo mejor. Y esa dificultad es su principal beneficio, un alivio o talismán contra el acoso de las simplificaciones.

Bibliografía citada

Abecia Baldivieso, Valentín (1965). *Historiografía boliviana*. La Paz: Letras. [Sobre René-Moreno: pp. 287-319].

Alba, Armando (1954). «Prefacio». *Anales de la prensa boliviana. Matanzas de Yáñez* de Gabriel René-Moreno. Potosí: Editorial Potosí. Pp. xii-xxix.

que «solo los documentos garantizan una continuidad narrativa» (no se debe contar lo que no se documenta, digamos); y la segunda, la idea de que los documentos «hablan por sí solos» (Colmenares, 1997: 52). R-M sin duda compartía la primera de estas creencias, pero escasamente la segunda. R-M pensaba que los documentos lo llamaban –en una suerte de interpelación ética– a escribir, pero esos llamados requerían de un trabajo de lectura y construcción figurativa.

44 Carta de R-M a Mariano Baptista Caserta del 3 de noviembre de 1871 (cit. por Condarco, 1971: 114).

- Aguirre**, Nataniel (2016). *Juan de la Rosa. El último soldado de la Independencia*. Edición y estudio introductorio de Gustavo V. García. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.
- Antezana**, Luis H. y Josep M. Barnadas (2003). «La obra de René Moreno» [Introducción]. *Últimos días coloniales en el Alto Perú*. Tomo I. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Pp. ix-xxxvii.
- Arnade**, Charles W. (1957) *The Emergence of the Republic of Bolivia*. Gainesville: University of Florida Press.
- Arzáns de Orsúa y Vela**, Bartolomé (1965). «Prólogo al lector». *Historia de la Villa Imperial de Potosí*. Tomo I. Providence: Brown University Press. Pp. clxxxiii-clxxxv.
- Arze Aguirre**, René Danilo (1979). *Participación popular en la Independencia de Bolivia*. La Paz: Don Bosco.
- Arze Aguirre**, René (compilación y prólogo) (1996). *Antología de ensayos sobre Últimos días coloniales en el Alto Perú por Gabriel René Moreno*. Sucre: ABNB.
- Ávila**, Federico (1936). *La revisión de nuestro pasado. (Ensayos de interpretación y crítica histórica)*. La Paz: Editorial Boliviana. [Sobre René-Moreno: pp. 255-277].
- Barnadas**, Josep M. (1988). *Gabriel René Moreno (1836-1908): Drama y gloria de un boliviano*. La Paz: Altiplano.
2002 *Diccionario histórico de Bolivia*. Sucre.
- Barragán Romano**, Rossana *et al.* (2012). *Reescrituras de la Independencia: Actores y territorios en tensión*. La Paz: Plural editores / Coordinadora de Historia / Academia Boliviana de la Historia.
- Barthes**, Roland (1971) *Sade, Fourier, Loyola*. Paris: Seuil.

Barthes, Roland (1997) *Sade, Fourier, Loyola*. Traducción de Alicia Martorell. Madrid: Cátedra.

Bridikhina, Eugenia (2007) *Theatrum mundi. Entramados del poder en Charcas colonial*. La Paz: Plural editores / IFEA.

Caballero Rojas, Manuel María (1863) «Algunas ideas sobre la literatura de Bolivia». *La Aurora Literaria* (Sucre), núms. 2 y 3. Reproducido en: *Juicios añejos sobre nuestra literatura. Cuadernos de Cultura. UMSA* (La Paz), núm. 1 (mayo, 1956): pp. 41-55.

Colmenares, Germán (1997). «Gabriel René Moreno o el lenguaje de los objetos y de las ceremonias». *Convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá: TM Editores. Pp. 93-99. [1.ª edición de 1987].

Condarco Morales, Ramiro (1971). *Grandeza y soledad de Moreno. Esbozo bio-bibliográfico del príncipe de las letras bolivianas*. La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos.

Demélas, Marie-Danielle (2008). «Mestizaje y democracia, algunos aspectos del pensamiento de Gabriel René Moreno sobre la diversidad boliviana». *Estudios sobre Gabriel René Moreno. Edición en conmemoración del centenario de la muerte de Gabriel René Moreno, 1908-2008*. Hernando Sanabria Fernández et al. Santa Cruz: Fondo Editorial, Gobierno Municipal Autónomo de Santa Cruz de la Sierra. Pp. 223-243.

Estévez, Jorge (2017). *Sobre Gabriel René-Moreno: Una bibliografía anotada*. La Paz: UMSA.

Francovich, Guillermo (1948). *El pensamiento universitario de Charcas y otros ensayos*. Sucre: Universidad de San Francisco Xavier.

Guerra, José Eduardo (1934). *Itinerario espiritual de Bolivia*. Barcelona: Araluce. [Sobre René-Moreno: Pp. 103-107 y *passim*].

Halperin Donghi, Tulio (2014). *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. 3.^a edición (definitiva) con un nuevo prefacio del autor. Buenos Aires: Siglo XXI.

Hegel, G. W. F. (1974). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Traducción de José Gaos. Madrid: Revista de Occidente.

Jameson, Fredric (2014). *The Hegel Variation: On the Phenomenology of Spirit*. London: Verso.

Maignashca, Juan (2011). «Historians in Spanish American South America: Cross References Between Centre and Periphery». *The Oxford History of Historical Writing*. Vol. 4: 1800-1945. Stuart Macintyre, Juan Maignashca y Attila Pók, eds. New York: Oxford UP. Pp. 463-487.

Marof, Tristán (1961). «Ensayo sobre Gabriel René Moreno». *Ensayos y crítica. Revoluciones bolivianas, guerras internacionales y escritores*. La Paz: Juventud. Pp. 81-100.

McCarney, Joseph (2000). *Hegel on History*. London: Routledge.

Medinaceli, Carlos (1940). «Los prosistas bolivianos en la época del modernismo». *Kollasuyo. Revista de Estudios Bolivianos* (La Paz), año 11, núm. 15 (marzo): pp. 38-55.

2012 «Epistolario». *Atrevámonos a ser bolivianos: Vida y epistolario de Carlos Medinaceli*. Mariano Baptista Gumucio, ed. La Paz: Plural editores. Pp. 233-359.

Mejía, Sergio (2013) «Desarraigo e ironía al filo de las nuevas historias: *Últimos días coloniales en el Alto Perú* (1896) de Gabriel René Moreno». *Historia da Historiografia* (Ouro Preto), núm. 13 (diciembre): pp. 155-171.

Mendoza, Gunnar (1951). «Gabriel René-Moreno, bibliógrafo boliviano». *Universidad San Francisco Xavier* (Sucre), tomo XVI, núms. 39-40 (julio-diciembre): pp. 553-613.

- Mendoza**, Jaime (1937). «Dos entrevistas con Gabriel René Moreno». *Revista de la Sociedad Geográfica de Sucre* (Sucre), 26 de febrero de 1937: pp. 100-108.
- Montenegro**, Carlos (2016). *Nacionalismo y coloniaje. Su expresión histórica en la prensa boliviana*. Estudio introductorio de Fernando Mayorga. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia. [«Precursores», pp. 51-80].
- Moreno**, Gabriel René (1864). *Introducción al estudio de los poetas bolivianos*. Santiago: Imprenta de la Unión Americana.
- 1873 «Fúnebres». *Sud-América. Revista Científica y Literaria* (Santiago), tomo II: pp. 121-141.
- 1876 «Los archivos históricos en la capital de Bolivia». *Revista Chilena* (Santiago), tomo VI: pp. 111-141.
- 1877a «La Audiencia de Charcas 1559-1809». *Revista Chilena* (Santiago), tomo VIII: pp. 93-142.
- 1877b «La mita de Potosí en 1795». *Revista Chilena* (Santiago), tomo VIII: pp. 391-430.
- 1879 *Biblioteca boliviana. Catálogo de la sección de libros y folletos*. Santiago: Imprenta Gutenberg.
- 1885 «Nicomedes Antelo». *Revista de Artes y Letras* (Santiago), tomo III: pp. 313-354.
- 1886 *Anales de la prensa boliviana. Matanzas de Yáñez 1861-1862*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- 1888 *Biblioteca boliviana. Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos*. Santiago: Imprenta Gutenberg.
- 1891 *Elementos de literatura preceptiva*. Santiago: Librería Central Mariano Servat.
- 1901 *Bolivia y Argentina. Notas bibliográficas y biográficas*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- 1905 *Bolivia y Perú. Notas históricas y bibliográficas*. Santiago: Imprenta Barcelona.
- 1907 *Bolivia y Perú. Nuevas notas históricas y bibliográficas*. Santiago: Imprenta Universo.
- 1946 «Anales de la prensa boliviana. El golpe de Estado de 1861». [Escrito c. 1886-1890]. Edición de Gunnar Mendoza. *Universidad San Francisco Xavier* (Sucre), tomo XIV, núms. 33-34 (enero-diciembre): pp. 289-348.

- 1975 «Idea general sobre don Casimiro». *Casimiro Olañeta. (Esbozo biográfico). Papeles inéditos de Gabriel René-Moreno*. La Paz: Banco Central de Bolivia / Academia Boliviana de la Historia. Pp. 17-22.
- 1986 *Gabriel René Moreno íntimo*. Edición de José Luis Roca, Myriam Sánchez de Roca y Carlos Coello Villa. La Paz: Don Bosco.
- 1996 «Selección de la correspondencia recibida y enviada por René Moreno». *Gabriel René Moreno* de Jorge Ovando Sanz. La Paz: Fundación Humberto Vázquez Machicado. Pp. 289-361.
- Otero**, Gustavo Adolfo (1940). «Notas sobre Gabriel René Moreno». *Últimos días coloniales en el Alto Perú* de Gabriel René Moreno. La Paz: Biblioteca Boliviana. Vol. 1: pp. i-xxxii.
- Ovando Sanz**, Guillermo (1996). *Gabriel René-Moreno*. La Paz: Fundación Humberto Vázquez Machicado.
- Prudencio**, Roberto (1973). «René Moreno, crítico literario e investigador». *Kollasuyo. Revista de Estudios Bolivianos. (Número de homenaje a Gabriel René Moreno)* (La Paz), (abril-septiembre), núm. 84: pp. 5-39.
- Roca**, José Luis (1986). «Presentación». *Gabriel René Moreno íntimo*. Edición de José Luis Roca, Myriam Sánchez de Roca y Carlos Coello Villa. La Paz: Don Bosco. Pp. ix-xiv.
- 2007 *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas*. La Paz: Plural editores / IFEA.
- 2008 *G. René-Moreno, el hispanoamericano*. 2.^a edición revisada. La Paz: Plural editores.
- Romero Pittari**, Salvador (2014). «Metodología en *Últimos días coloniales en el Alto Perú*». *Temas Sociales*. Número especial: *La historia intelectual en Bolivia* (La Paz), núm. 34: pp. 67-73. Publicado originalmente en: *Signo. Cuadernos bolivianos de cultura* (La Paz), (1986), núms. 18-19: pp. 189-193.
- Sahlins**, Marshall (2004). *Apologies to Thucydides. Understanding History as Culture and Vice Versa*. Chicago: The University of Chicago Press.

Sanabria Fernández, Hernando (1970). «Prólogo». *Últimos días coloniales en el Alto Perú* de Gabriel René Moreno. La Paz: Juventud. Pp. 7-23.

Siles Guevara, Juan (1967). *Contribución a la bibliografía de Gabriel René Moreno*. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.

1979 *Gabriel René Moreno, historiador boliviano*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Siles Salinas, Jorge (2009). *Historia de la Independencia de Bolivia*. [1992]. La Paz: Plural editores.

Soux, María Luisa (2015). *El complejo proceso hacia la Independencia de Charcas (1808-1826). Guerra, ciudadanía, conflictos locales y participación indígena en Oruro*. La Paz: Plural editores / IFEA.

Tamayo, Franz (1975). *Creación de la pedagogía nacional*. La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario.

Urioste, Marcelo de (2010). *La aromática flor de los escombros: Ensayos sobre Gabriel René Moreno*. [1986]. Edición de Gustavo A. Prado Robles. Santa Cruz: Universidad Autónoma Gabriel René Moreno. [Primera edición: 1986]

Vázquez-Machicado, Humberto (1936). *La sociología de Gabriel René Moreno*. Buenos Aires: Editorial Cultura Boliviana.

1986 «Vida y amores de René Moreno: Una carta como dato biográfico». *Gabriel René Moreno íntimo*. Edición de José Luis Roca, Myriam Sánchez de Roca y Carlos Coello Villa. La Paz: Don Bosco. Pp. 1-8.

1988 «Papeles inéditos de Gabriel René-Moreno». *Obras completas* de Humberto Vázquez-Machicado y José Vázquez-Machicado. Edición de Guillermo Ovando-Sanz y Alberto M. Vázquez. La Paz: Editorial Don Bosco. Vol. VI: pp. 99-115.

Villarroel Claire, Rigoberto (1937). «Gabriel René Moreno». *Elogio de la crítica y otros ensayos*. La Paz: Sport. pp. 41-80.

White, Hayden (1975). *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The John Hopkins University Press.

Zavaleta Mercado, René (2013). *Lo nacional-popular en Bolivia. Obra completa* de René Zavaleta Mercado. Tomo II: *Ensayos 1975-1984*. Edición y estudio introductorio de Mauricio Souza C. La Paz: Plural editores. Pp. 143-379.



ANUARIO 34

2025 AÑO DEL BICENTENARIO DE BOLIVIA